

Monta el rayo y otros cuentos

Erick Rivera González



Monta el rayo y otros cuentos

Monta el rayo y otros cuentos

Erick Rivera González

MONTA EL RAYO Y OTROS CUENTOS

Primera edición: agosto de 2020

ING. MANOLO JIMÉNEZ SALINAS

Presidente Municipal de Saltillo

MTRO. IVÁN ARIEL MÁRQUEZ MORALES

Director General del Instituto Municipal de Cultura

©D.R. GOBIERNO MUNICIPAL DE SALTILLO

©D.R. INSTITUTO MUNICIPAL DE CULTURA DE SALTILLO

©ERICK RIVERA GONZÁLEZ

Edición: Jesús de León Montalvo

Diseño editorial: Nereida Moreno

Ilustración de portada: Memo

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

PRINTED AND MADE IN MEXICO

PRESENTACIÓN

El Gobierno Municipal de Saltillo se ha propuesto, a través del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo, publicar y difundir aquellas obras de escritores de nuestra ciudad que le digan algo al lector sobre la vida, las costumbres y los modos de expresión que nos son propios. La finalidad de estos libros consiste en que los saltillenses nos reconozcamos a través de nuestras letras, así como en nuestros modos de ser, de pensar y de vivir.

“Los relámpagos de Jorge” es una colección cuyo catálogo se incrementa, año con año, durante la celebración del aniversario de nuestra ciudad. Saltillo ha sido cuna y hogar de grandes escritores y escritoras, cuya pluma supo transmitir el sentimiento, la creatividad y la imaginación de nuestra gente. Este libro, que usted ahora tiene en sus manos, es fruto de la imaginación y el talento de un saltillense, con temas inspirados en nuestro entorno.

Los autores son jóvenes que desean hacernos partícipes de su mensaje. Es importante que conozcamos lo que producen nuevos valores. Consideremos estas obras como propias y como un aporte a nuestra cultura.

Saltillo cumple 443 años, si acatamos la fecha de conmemoración establecida oficialmente. Para nuestro paisaje, para la inmensa mole del Cerro del Pueblo, para el cadáver de Zapalinamé, crecido hasta convertirse en montaña, para nuestro buen aire, nuestra ciudad sigue siendo un brote de humanidad, de civilización, que sobrevive en medio de las agrestes vastedades.

En tiempos de la Colonia, si un saltillense quería arreglar un litigio o un trámite, a veces tenía que ir hasta la mismísima Audiencia de Guadalajara para exponer su caso. La solución del mismo podía durar meses y hasta años. En cambio ahora, los saltillenses disponen de la facilidad de realizar trámites y pagos en línea, desde la comodidad de su hogar, sin necesidad de hacer antesala, de ir de una oficina a otra o de sacrificar, frente a ventanillas o escritorios, valiosas horas de trabajo o de estudio.

Estos cambios no sólo se han limitado al ámbito administrativo. Debido al período de contingencia que hemos enfrentado, tuvimos que promover el arte, la cultura y la creación artística, desarrollando las diferentes disciplinas artísticas desde la propia casa de los participantes con el fin de apoyar el programa “Quédate en casa”. Nuestros jóvenes artistas han tenido que quedarse en casa cantando, bailando, fotografiando y escribiendo teatro. El Colectivo de Escritores “Jorge Ibargüengoitia”, coordinado por el maestro Jesús de León, trabajó bajo estas mismas circunstancias.

Cada que se publica un libro, Saltillo se convierte en un punto de inflexión de momentos clave en la historia de nuestro estado. Por lo tanto, conciudadanos, saltillenses de origen, de residencia y visitantes que tienen la suerte de coincidir con nosotros en esta importante fecha, celebremos que la “Atenas del Noreste” ha prevalecido otro año más y que enfrenta el porvenir sin miedo.

Ing. Manolo Jiménez Salinas
Presidente Municipal de Saltillo

NUESTRA PROMOCIÓN DE LA ESCRITURA

Dentro de las actividades que realiza el Instituto Municipal de Cultura de Saltillo está promover la lectura y la escritura, a través de la edición de libros atractivos que lleguen al lector. Textos breves que han sido trabajados para afinar y engrandecer el oficio de narrar, ese antiguo arte de contar historias.

Esta colección, “Los relámpagos de Jorge”, se creó para dar salida a los mejores trabajos del Colectivo de Escritores “Jorge Ibargüengoitia”, que surgió al cumplirse 90 años del nacimiento del célebre escritor mexicano.

El lunes 19 de febrero de 2018, arrancó el Colectivo de Escritores en la Sala de Juntas de la Casa Purcell. Las reuniones mantuvieron una periodicidad semanal durante tres meses. El ciclo se repitió en 2019. En 2020, tuvo que desarrollarse de manera virtual debido a la contingencia que vivimos por la pandemia del Covid-19.

Por el Colectivo de Escritores pasaron 75 personas. La difusión y promoción de este taller se ha realizado tanto a través de cartelera como en la televisión y en los principales diarios de la ciudad, que han cubierto los diferentes eventos del Colectivo y nos han favorecido con sus comentarios.

Los participantes presentaron al Colectivo de Escritores el proyecto de un libro con el cual pudieran demostrar su dominio en el género donde deseaban incursionar. En cada ciclo del taller se han escogido las mejores obras para su publicación. Los trabajos publicados hasta la fecha han sido de narrativa.

He aquí los proyectos más destacados del ciclo 2020. Los textos se trabajaron como en el taller de un artesano. Los archivos se fueron enriqueciendo con nuevas ideas, con otros tintes. A todos nos deslumbra el universo de seres extraordinarios, de héroes poderosos, de locaciones fantásticas. Pero también el mundo de seres pequeños y deformes. Nos fascina todo aquello que sea una alternativa a la realidad, una manera de explicarla.

Nuestro propósito es que todos aquellos que lean estos breves libros puedan constatar, aparte de las nuevas propuestas y la diversidad de estilos y temas, una clara y precisa conciencia de lo que es el género narrativo.

Con el apoyo prestado a la publicación de estas obras, el gobierno de la ciudad, dignamente representado por el Ing. Manolo Jiménez Salinas, pone de manifiesto una vez más su interés por las letras y la difusión de nuestra cultura. Espero que el trabajo que hacemos influya en la comunidad y la cambie o mejore de algún modo.

Iván Ariel Márquez Morales,
Maestro en Promoción Cultural,
Director General del Instituto Municipal de Cultura

ENFRENTAMOS UNA NUEVA CONTINGENCIA

Acaso por su muerte repentina, Jorge Ibargüengoitia (1928-1983) no tuvo oportunidad de moldear un personaje mediático que fuera atractivo, aunque resulta evidente en sus artículos que, conforme pasaba el tiempo, él iba volviéndose cada vez más consciente de las posibilidades de su personaje: un hombre que podía sorprender a su público a través de una muy sincera apelación al sentido común.

Si Jorge Ibargüengoitia hubiera logrado —como Garibay y Arreola— tener su propio espacio en la televisión, el programa se hubiera titulado “Los relámpagos de Jorge”. Cada emisión no duraría más de 15 minutos. Podría filmarse a Ibargüengoitia caminando por el centro de Coyoacán, en alpargatas y los faldones de la camisa al viento, o vagando con sus gruesos zapatos de ingeniero por sus rincones predilectos de Barcelona, Londres o París.

La figura de este hombre en plena marcha se ha convertido en la imagen de nuestro Colectivo de Escritores. Esta especie de taller de literatura es donde nuestros jóvenes escritores trabajan un libro para su publicación en la colección “Los Relámpagos de Jorge” y que ha significado para los participantes de cada ciclo una expectativa nueva.

El Colectivo de este año arrancó con doce integrantes en totalidad bajo la contingencia del Covid-19. Hubo que suspender las reuniones en torno a la mesa de trabajo. Ahora debíamos trabajar desde nuestras casas y sacar adelante los proyectos sin el apoyo invaluable que brinda la crítica de los compañeros sobre el texto que presenta el autor.

Cada uno de los integrantes del Colectivo tuvo que entregar un volumen terminado. Cada trabajo ofreció panoramas distintos, pero no menos interesantes. Las sorpresas llegaron a la hora de realizar los balances, volver sobre el repaso de los temas y contenidos, el abordaje de los textos desde el punto de vista teórico y así hasta llegar a los pequeños detalles, a los tópicos que, a pesar de haberse discutido, seguían dando de qué hablar cuando se les invocaba. Enfrentamos una nueva contingencia.

No pudimos ser ajenos a la polémica. Ahora ya no se daba en la acalorada discusión de la mesa de trabajo, sino a través de mensajes compartidos por la línea telefónica, el *WhatsApp* o el correo electrónico. Nuestro Colectivo es un foro abierto a las opiniones y aportaciones, así como a correcciones y desmentidos. Eso sí, exigimos de los participantes el decoro indispensable en la exposición de los argumentos y el obligado respeto a la integridad moral e intelectual, sin importar que estuvieran a favor o en contra.

En este último ciclo, nos complace descubrir que la diversidad de temas y opiniones ha dado vitalidad a los textos publicados. Eso nos impulsa a continuar con nuestra labor hasta donde nos resulte posible.

Quienes participamos en la compilación y revisión de estas obras esperamos contar con el favor de los lectores y participantes en ciclos venideros.

Jesús de León Montalvo,
coordinador del Colectivo de
Escritores “Jorge Ibargüengoitia”

ÍNDICE

Monta el rayo	13
Cada quien sus babas	22
Agua estancada	42
Como animal	70

MONTA EL RAYO

Están dos amigos en un café. El rayero le está contando al roquero lo muy intenso que tiene que ser, puesto que no cualquiera monta un rayo.

—Primero se tiene que tener una fuerza muy particular en los brazos. Imagínate: en plena tormenta eléctrica, lluvia pesada, gotas del tamaño de un puño, poquísima luz, nubes inmensas, oscuras, cargadas de agua, chocando entre sí y generando esos ruidos espectaculares, vientos vertiginosos y por supuesto el gran invitado de la fiesta —hace un silencio teatral y luego estira los brazos—: el rayo, que deslumbra el firmamento y choca estrepitosamente contra el suelo.

Balroq se consideraba a sí mismo bueno para tres cosas: escuchar, pilotar naves de carreras y rockear duro. En ese momento estaba tranquilamente sentado, entretenido con la historia que le contaba su amigo Héctor, quien, al contrario del piloto, actuaba de manera escandalosa. No sólo hablaba con palabras, sino que usaba todo su cuerpo, en especial sus manos, para darle forma a lo que decía.

—Uno tiene que sostener la estaca de acero... esas cosas son pesadísimas... total que tienes que sostenerla y clavarla en el suelo, a una profundidad considerable para que no se suelte. Tiene que estar a más de una palma de profundidad, así que la tienes que clavar duro. La estaca sostiene un cable de acero, bastante pesado por cierto. Tienes que sostener el cable para maniobrar

el papalote y que no se eleve al cielo. Los vientos son veloces, estamos hablando de ráfagas de 140 kilómetros por hora. A esa velocidad, si te descuidas, el viento puede arrastrarte del suelo, si uno no tiene la fuerza y destreza suficiente —golpeó su puño contra la palma de su mano—, el papalote acaba chocando contra el suelo. Esas cosas son bastante pesadas también, y costosas, entonces chocarlas duele tanto en el orgullo como en la cartera. Ya que logras mantener el papalote en el aire, debes medir bien la situación para poner el enganche, que es esta cosa...

Sacó de su chamarra, deslavada por el uso, un objeto de metal que medía poco más de dos palmas de largo. El objeto se dividía en dos partes: una con un espacio para meter los dedos y agarrarse y la otra consistía en unas ruedas puestas de forma que, una vez enganchadas al cable de acero, rodaran hacia un lado y no se pudieran soltar. Héctor dejó el enganche en la mesa; aunque Balroq quería examinarlo, no lo hizo. Su amigo estaba agitado contando su historia, así que el piloto rockero se sentía con la obligación moral de ponerle atención sin desviarse a examinar el aparato.

—Se pone en el cable de acero y ¡fierro! Se deja ir hasta el otro extremo del cable. Si no te aferras al enganche, sales volando sin haberte levantado siquiera un metro del suelo, y te tienes que aferrar y, en el camino, tienes que estar atento a cuando ya te acercas al papalote para pulsar este botón que sirve para perder velocidad y que puedas treparte.

—¿Qué pasa si pulsas el botón antes?

Héctor aprovechó la interrupción para beber de su café que ya se estaba enfriando.

—A eso iba —tomó otro sorbo y miró a la deriva—. Espérame. Deja te cuento cómo va. Si lo pulsas antes, no llegas, y te regresas. Es como caída libre. Una caída libre de unos 10 metros de altura, aprox. Si lo pulsas demasiado tarde —dijo, extendiendo la mano para evitar que se le adelantaran con la pregunta— chocas con el papalote y todo se rompe, y muy probablemente no sales de esa para contarla —volvió a tomar un trago de su café mientras alzaba las cejas y asentía—. Hay que ser precisos, es básicamente instintivo.

—A ver, espera. Esto sí te tengo que preguntar antes de que acabes. ¿Es más intenso montar un rayo o luchar por comida?

El rayero frunció el ceño y arrugó la punta de la nariz. No le gustaba que lo interrumpieran, pero la pregunta era buena. La repitió mentalmente y la consideró, arrugando los labios.

—Híjole, amigo. Me la pones difícil.

—Tú una vez me preguntaste lo mismo pero respecto a las carreras.

—Ahí es bien diferente —señaló juzgando y se acomodó en su asiento—. Claro que la lucha va a ser más intensa que una carrera.

—Cuestión de perspectiva —contestó el rockero, levantando los hombros y bebiendo de su café.

—¡Para nada! ¿Qué no estás escuchando lo que te estoy contando? Todavía ni termino. Con lo que llevo ya hay más intensidad que en las carreras —su rostro se teñía de un rojo ladrillo—. Mira, ya no me interrumpas, por favor.

El rockero sintió una ligera oleada de calor y no supo discernir si se debía al café o a la intensidad que su amigo rayero le ponía a su relato.

—Ya que te trepas al papalote, nomás imagínate: estás adentro de una tormenta eléctrica, no en la tierra, sino en el aire, que es su territorio. El agua te tiene empapado y golpea tu rostro. No se ve nada más que esos minúsculos momentos en que un rayo va a salir disparado hacia la tierra, y ahí, en ese microsegundo debes, como todo un valiente, brincar al rayo.

Hizo una pausa para ver cómo reaccionaba Balroq, quien miraba con los ojos de la imaginación y asentía, convencido, entretenido y animado.

—Montar el rayo es lo más intenso que existe. Más allá del Hirsuto, más allá de los alucinógenos, más allá del Hirsuto en alucinógenos. Más allá de la lucha por comida. Sí, definitivamente montar un rayo es más intenso. Hacen falta estribos. ¿Sabes lo que digo?

Balroq rio al escuchar esa palabra: “estribos”. No se consideraba un académico ni un conocedor, pero estaba familiarizado con ese término. Sabía que la mayoría de la gente no sabía el verdadero significado de la palabra, mientras que los rayeros la usaban como si todo mundo supiera lo que querían decir y, a decir verdad, no hacía falta saber el significado de la palabra para saber a qué se referían.

—Te comprendo, amigo.

—El traje evita que la descarga te mate pero, no es como si no sintieras nada. Sientes toda la energía. Es excepcional. El traje también hace que el rayo pierda velocidad; si no, así —chasqueó los dedos—, como la luz, te estampas contra el suelo; así —volvió a chasquear los dedos—: no queda ni puré de humano. Pero no. El traje hace que el rayo vaya más lento.

—¿A cuánto?

—¿En número? No sé.

—El sonido viaja a, más menos, 340 metros por segundo; los rayos de las tormentas a, más menos, 440 metros por segundo. ¿Qué tan lento lo hace? Las naves de carreras llegan a alcanzar, según la pista, poco más de 400 km/h. ¿A cuánto va el rayo que tú montas?

El rayero lo miró con cara de aburrido, evadiendo lo que él creía era una insubordinación del mundo de las carreras al mundo de los rayeros.

—¿Quieres saber si los rayos van más rápido que las navecitas que tú manejas?

—No. Siempre me ha parecido interesante cómo funciona lo de montar un rayo y, como a mí me gusta la velocidad, quería saber a qué velocidad va un rayo que un rayero monta. Eso es todo.

—Pues va muy rápido, de seguro más que las navecitas... La verdad, no sé. Lo que sí te puedo decir es que es como entrar a otra dimensión. Como el Salto a la Carrera al Sol. De verdad, cuando lo montas y sientes la descarga inicial, el tiempo ya no se percibe igual. Como que va más lento. Sí, tus reflejos deben estar a flor de piel, pero... ¿Cómo decirlo? Se ve más rápido de lo que uno lo percibe. De seguro, los científicos que diseñan el traje, el papalote, la cisterna y todo el equipo saben, y probablemente algún rayero ñoño también, porque antes de que te den el equipo, te explican cómo funciona, muy por encimita o, no sé, tal vez te lo explican bien, pero yo no entendí nada de los tecnicismos de cómo funcionan, a mí me importaba el cómo hacerle y pues aquí estoy: uno de los rayeros más cotizados del mundo.

—Salud por eso, amigo.

Los amigos levantaron y chocaron sus tazas. Bebieron, uno orgulloso de quién era y el otro divertido, pasándola bien y saboreando el momento. Ya había pasado un año en que no se veían. Balroq recalcó mentalmente lo muy exagerado que tendía a ser Héctor.

—Un rayero tiene que estar hecho de buen temple.

—Tener bríos —agregó el rockero.

—Estribos —corrigió el otro—. Hombres y mujeres de honor: valerosos, intimidantes, enérgicos.

—Temerarios.

—Ah, claro. Pues como ustedes —concedió, al fin, para consolidar con su amigo—: los que corren las carreras.

—Tal vez por eso somos tan buenos amigos: esas similitudes.

—Sí, aunque hay unos pilotos que... *n'ombre*, son bien sinvergüenzas. Tal vez se deba a que compiten entre ustedes. Eso puede generar cierta... saña. ¿No? Por las rivalidades que surgen. Con los rayeros es diferente: eres tú y el rayo, una fuerza de la naturaleza, ni buena ni mala, inocente, brutal. Entre nosotros hay códigos no escritos de respeto mutuo, entre ustedes hay reglas en las carreras que cuando rompen para ganarle a alguien más, *n'ombre*, la que se arma.

En eso entra al lugar un rayero entrado en años, con un aura oscura y un humor rancio. Llevaba sombrero negro y una gabardina gris que parecía nunca haber sido desempolvada. Balroq se pone todo tenso y se reacomoda en su silla.

—¿Estás bien? —reaccionó Héctor.

El rockero suspira con pesar, evidentemente incómodo. Sin alzar la mirada, se esconde detrás de su taza de café y bebe otro trago, uno muy apurado.

—¿Lo conoces? ¿Tienes problemas con él? Ahorita lo arreglamos. No faltaría más.

—No tengo ni quiero —enfaticó— problemas con él. Solamente, no quiero estar cerca de él.

—Cuéntame.

—Vamos a la Alameda, capaz que nos encontramos a Thelma y sus amigas. En el camino te cuento.

—No me he acabado mi café. Si quieres, ve tú, yo aquí me quedo y le preguntaré a algún mesero sobre aquel viejo.

Balroq volvió a suspirar, más tenso todavía. La terquedad de su amigo era legendaria. Persuadirlo era pérdida de tiempo.

—Resulta que el viejo —dijo a una voz tan baja que fue casi imperceptible— era trailerero antes de ser rayero. En una ocasión, acabó su recorrido antes del tiempo previsto y volvió a su casa. Se encontró a su mujer en la cama con otro hombre.

—Pobre tipo.

—No, espera. La esposa y el otro estaban dormidos. El viejo fue a su tráiler, sacó una pistola y le dio un tiro al hombre.

—¡No manches!

—La mujer se despertó espantada, gritando. El viejo trailerero le dijo algo y le disparó. De ahí fue a entregarse a la policía. Cumplió su condena y lo entrevistaron cuando salió de la cárcel. El viejo dijo que mató primero al hombre porque no tenía toda la culpa, no era del rancho y tal vez ni siquiera sabía que la mujer con quien se acostaba tenía marido, pero lo quiso muerto y lo

mató. A la mujer quiso reclamarle, asustarla, hacerla que rogara por su vida. Dijo el viejo, en aquella entrevista, que su mujer le pidió perdón, llorando, y llorando la mató. Aseguró que no estaba arrepentido y que lo volvería a hacer. Obviamente, ya nadie lo quería para trabajar, pero una empresa de energía lo contrató para ser rayero. Porque tú sabes: no es como que medio mundo de verdad se disponga a montar rayos. Como dices, hace falta cierto temple para ser rayero.

—Eso no es temple.

—No sé tú, pero ya no quiero estar aquí —dijo Balroq, buscando al mesero.

—¿Te da miedo ese sujeto?

Hasta ese momento, el rockero no se había percatado de la expresión de ira contenida que tenía su amigo rayero.

—Me incomoda, mejor nos vamos.

—A mí me da asco —dijo, con espinas en su aliento.

El rayero estaba apretando sus manos en los extremos de la mesa. Sus nudillos se veían blancos.

—Vámonos, pues, no hay por qué estar a disgusto.

—Ese tipejo no merece usar el sombrero. ¿Es que no escuchaste lo que te dije de los rayeros? Somos gente de honor. Valientes y directos. Esa basura de ahí es un cobarde.

—Héctor... —Balroq llamó a su amigo por su nombre, una palabra que, según recordaba, asentaba al rayero a la tierra y lo despertaba de ese trance iracundo que solía frecuentar. Masticaba sin tener comida en la boca y apretaba fuertemente la mandíbula.

—Matar con una pistola... de lejos: cobarde. Y sin avisar, sin dar ocasión a que se defienda, maldito. Así te la pongo, Balroq,

aunque ese esperpento de persona no estuviera aquí, sabiendo esa historia que me acabas de contar, iría yo a buscar a ese gargaño de individuo para retarlo, y ni siquiera me comería su carne. Voy a retarlo. Esto es cuestión de honor —lentamente se puso su sombrero y se levantó de su silla—. Quédate aquí. No quiero que se sienta rodeado.

Balroq no pudo sino cruzarse de brazos y esperar. Héctor caminó hacia el viejo rayero. Balroq lo veía desde su silla. Héctor no se comportó como un salvaje, al contrario, hizo como mandaban las viejas costumbres: “Hablemos como caballeros para matarnos como bestias”. Al llegar su amigo junto al viejo rayero, se presentó, con reverencia de cortesía. Intercambiaron unas palabras. El viejo rayero tranquilamente se llevó una mano a la gabardina empolvada, sacó una pistola y la disparó contra Héctor.

Balroq se levantó apurado al ver a su mejor amigo caer al piso. El viejo rayero se levantó y volvió a apuntar el arma contra Héctor, quien había caído al suelo, sorprendido y sumergido en coraje. Se había llevado una mano al estómago, aferrándose a su vida, intentando convertirse en su forma humana, pero con una herida así nunca iba a lograrlo. El viejo, con una mirada de absoluta frialdad y desinterés, le dirigió unas palabras más a Héctor, quien lo miraba con la mayor de las furias plasmada en sus ojos.

Nunca antes, Balroq se había transformado tan rápido. Tal vez no se había transformado por completo y sólo tenía la garra lista cuando de un brinco alcanzó la distancia necesaria y soltó un zarpazo tan feroz que hizo rodar por el suelo la cabeza del viejo rayero.

CADA QUIEN SUS BABAS

BRAULIO INTERPUSO SU MANO, DETENIENDO EL GESTO QUE LO INVITABA A OTRO trago. “Es muy temprano —fue su excusa— y la cabeza ya me está empezando a dar vueltas”. Fueron muy insistentes, al grado que no pudo sino aceptar. Impuso una condición: mezclar el tequila con Sangrita y Fresca. Caballitos, de jalón, ya no podía. Había límites qué respetar. Aceptó un caballito más, porque él propuso la mecánica de “un caballito cada que alguien llegue con regalo”. Él llevó la botella y tenía ganas de beber. Si había posibilidades de enclaustrarse en sus casas por los siguientes días, tal vez meses, había que aprovechar la oportunidad. Una aventura más, una buena borrachera. Pero se le antojaba de gente que sabe beber; no de chavos preparatorianos bebiendo con prisa, buscando quién vomita o cae primero. Eso podría llegar a ocurrir, dependiendo de los ánimos, pero ya entrada la noche, cuando los únicos que no hubieran llegado eran los que llegaban tarde.

El primer caballito fue por la botella. Luego por los siete invitados que habían llegado, sin contar a Germán, quien vivía en esa casa junto con Isdur. Onésimo dijo que, en honor a la verdad, no había llegado con regalo, pero llegó con algo nuevo: el más reciente número de una revista de poesía en la que era colaborador. Aparte del ejemplar de la revista, le llovieron aplausos para que leyera algo. Aunque el poeta dijo que lo que iba a leer era algo muy presente en esos días, nadie supo de qué trató el poema.

Viendo la oportunidad, Iñaki propuso que, siendo todos los presentes “artistas”, le regalaran un “performance” a Isdur. Él dijo que empezaría. Se llevó al baño su mochila para entrar en personaje. Mientras los demás esperaban, le propusieron a Leonardo que repitiera ese poema de los sueños que siempre declamaba, desde que se lo tuvo que aprender para una obra de teatro en la prepa.

Fíjense que soy medio fanático de la poesía, dijo Leonardo. Hay poemas que me gustan y poetas que he leído y no reconozco, como Octavio Paz. Leí un libro suyo, *La estación violenta*, y recuerdo que me costó un trabajo como no tienen idea. No entendí nada, pero era Octavio Paz y supuse que, al menos, tenía que acabarlo. Hay cosas que les van bien a unos y que no significan nada para otros. Hay gente casi adicta a jugar ajedrez y a otros les aburre. Hay gente que se siente en casa cuando escucha el sonido que hace una lata de cerveza al abrirse y quienes detestan que la cerveza se venda tanto. Hay gente que busca engancharse con cualquier persona y los que no quieren que los toque más que su pareja.

Se quedó mirando el vacío, distanciado e ignorando aquella gente que esperaba su participación. “En fin —continuó—. Este poema sí lo entiendo, o más bien, sí me lo pregunto. Sueña el rico en su riqueza... y los sueños, sueños son”.

Al acabarse los aplausos, Iñaki bajó las escaleras, pintado como mimo. Reclamó que no lo esperaran y dijo que ya no sería maestro de ceremonias del evento. Nada más haría su acto. Acabó y le pidieron que hiciera un poco más, de pérdida otros cinco minutos, para no beber tan aprisa.

Después de Iñaki, Armina se levantó. Dijo que no la tenía preparada, pero había recordado una canción que encajaba con el evento. Era un aria de una ópera de Bizet, que ella había escuchado en un DVD de David Gilmour. Le gustó el formato no operístico y la canción era muy bonita. Le preguntaron de qué trataba. Ella dijo que no sabía. La canción estaba en francés. Preguntó si alguien lo hablaba. Leonardo, Edelmira y Darío levantaron la voz, pero los tres dijeron que, a lo mucho, detectarían palabras.

La canción se llama “Je crois entendre encore”. Los tres políglotas intercambiaron miradas y dudas. “Creo escuchar todavía”, tradujo Darío. Armina se encogió de hombros, fingiendo que no le importaba, esforzándose por no mirar a Isdur. Se acompañó ella sola, tocando el piano. Repetía los acordes para no salirse de tono. A veces se trababa porque sus dedos no caían en las teclas correctas. A mitad de canción se desesperó y cantó el resto a capela.

No tronaron los aplausos. Era una de esas canciones suaves que acaba en finísima y sublime tela, tan delicada que nadie se atreve a cortar porque todos quieren apoyarse en ella, embriagados por la fantasía que su sensación provoca. Había una tensión que tenía a todos paralizados. Nadie había entendido qué decía la canción, pero la estela que dejó era palpable.

Darío dedujo que hablaba de recuerdos: noches hechiceras, divinos raptos, suaves arrullos de palmera, claridad de estrellas, brisa embriagante. Recuerdos en delicadas vasijas de cristal. Sintió, junto a él, el desapruebo de Leonardo, quien respiraba con pesar, mirando al piso y apretando la mandíbula. Vio que los ojos de Isdur

estaban humedecidos. De no ser por los antecedentes entre Armina y el festejado, esa canción hubiera acabado en un beso. Había antecedentes. Darío decidió no compartir su traducción.

Germán entró a su habitación y salió con un objeto tapado por una tela negra. Alguien pidió que le bajaran a la música para no distraer la atención. Algunas personas ya sabían qué había bajo el velo, otras tenían una muy acertada idea. Germán caminó con cuidado a la mesa del centro de la sala, pidiendo precaución ante el objeto delicado. “No te vaya a matar las neuronas”, bromeó alguien y todos rieron. Germán depositó el objeto en la mesa y retrocedió. Alguien pulsó los interruptores de luz y en un clic, ya no se veía nada. Hubo chiflidos. “Eh, se la quieren robar”. “¡Atascados!” El ambiente volvía a ser festivo. Isdur dio instrucciones a Flavio, quien estaba jugando con los interruptores de luz, y lo dispuso a que activara las luces tenues.

El contexto se antojaba a época de tumulto social, de movimiento (o fuga) económico. Década de los locos veintes, pero de mil novecientos, un siglo atrás. El mundo respiraba el fin de la primera gran guerra, pero se preparaba para una más grande. Estados Unidos había prohibido el alcohol. Hubo quienes aprovecharon la oportunidad de volverse empresarios clandestinos. Mucha gente buscó refugio en las artes. México estrenaba Constitución y apenas se acostumbraba a una vida sin un dictador militar con gran aprecio por la vida afrancesada. El devastador golpe de la guerra marcaba las tendencias artísticas que evidenciaban una transición. El mundo ya no iba a ser como antes.

Las mujeres se rebelaban, demandando el voto, usando faldas que ya no llegaban a los tobillos, posando desnudas y es-

cribiendo poesía que hablara de sexo. Se emancipaban con peinados gogó: pelo corto, fresco, atrevido, no como dice la Biblia, ese libro que ya no estaba en boga. Usaban vestidos elegantes, guantes largos de seda, tacones altos y enjoyados. Los hombres, por su parte, se esmeraban en su bigotillo fino, sombrero de fedora, trajes de tres piezas, zapatos para lucir. El humo del cigarro tomó otra dimensión bajo esa luz tenue que alumbraba la sala de casa de Isdur, ahora, determinándose más por sus sombras que por su capacidad de iluminar. Era una luz intimista, cómplice de un secreto.

Isdur se acercó a Germán, antes que al regalo. Le dio un abrazo efusivo a su amigo. Armina, sin darse cuenta, puso su mano en el reposabrazos del sillón de donde se acababa de levantar Isdur. Habían pasado dos semanas desde que cortaron y, como seguían hablando, acordaron en verse para la fiesta de cumpleaños. Nadie declaró intenciones. Se iban a ver, con gente alrededor, en ambiente festivo, a ver qué pasaba.

Armina miró las manos de su exnovio. Apretaban los brazos de Germán mientras uno agradecía el detalle y el otro agradecía su amistad. Armina apretó también su mano. Reparó en los muchos “sí”, “gracias”, “te quiero, hermano”. Sonrió ella también. Sus labios amenazaron con temblar, así que se mordió el inferior. A su boca asomó un suspiro que ahogó con un trago a su bebida. Se fijó, sin disimulo, en los ojos de Isdur. Notaba lo bien que la pasaba su exnovio, examante, expianista. Armina idealizó, mirando el fondo de su vaso, donde sólo yacían los hielos.

Si así fuera Isdur todo el tiempo, no habría nada malo en él. No le iría mal en nada. Tendría muchos amigos e invitaciones a

todos lados. Le iría bien en sus relaciones laborales. La vida le sonreiría siempre. Luego auguró que Isdur no tardaría en conseguirse una buena novia. Pero Armina, mejor que muchos, sabía que Isdur no era alegre ni la mitad de un día luminoso y fresco. Sabía que si una chica, como esa güera entrometida de ojos saltones y cuerpo de bikini, que acababa de llegar a la fiesta, se encandilaba con esa alegre energía de Isdur, acabaría, más temprano que tarde, por cansarse de la tristeza y depresión. Armina no soportaría ver que alguien hundiera a su ex en una profunda y pesada depresión, todo para cortarlo. Justo como hizo ella.

Los gritos y el alto volumen de la música la sacaron de su ensimismamiento. Isdur había desvelado el misterio del regalo, que era, a placer de todos, una pipa de agua que, si hablara, diría: “atásquese que hay lodo, que hay vida, que hay color”. No faltaron las porras incitando a darle fuego. Emergieron, como flores en época de lluvia, los pintorescos y folclóricos paquetitos donde cada quien guardaba y transportaba su consumo personal. Entre todos, juntaban más de lo que podrían fumar en la noche. Iñaki, el DJ de la fiesta, proponía un poco de todas y que el primer jalón fuera un Frankenstein. Flavio, recargado contra la pared, observando todo con los brazos cruzados y una sonrisa silenciosa, tomó ese comentario como su “cue” para intervenir.

—¡A ver, a ver! —interrumpió con algarabía, pidiendo con las manos que todos se recargaran en sus asientos—. Primero que nada —señaló con la mano y volteó a ver a Iñaki— Pon algo de Don Shirley.

Iñaki, extrañado, volteó a ver a Isdur, buscando la autoridad del festejado y dueño de la casa.

—Hazme caso —insistió Flavio, con toda la guasa de un valedor callejero—. Mira. Para empezar, bájale a tus decibeles. El mejor alboroto es el que llevamos dentro.

Iñaki esperó la aprobación de Isdur y comenzó a hacer la búsqueda en Youtube.

—Gracias. Ahora... Don Shirley. ¿Todos aquí vieron “Greenbook”? Ganó un Oscar. Pero no pongas sólo una rola: un disco entero, de los mejores hits. Necesitamos algo digno y único, como esto que traigo de regalo para el buen Isdur —Flavio sacó de su mochila un tabique comprimido de hierba. Todos los ojos miraban la cantidad—. Tuve qué conectar así porque se viene la cuarentena. Si no voy a poder salir ni a pasear al perro, al menos no me voy morir de aburrimiento. No tolero el encierro.

—¡No friegues! —exclamó Onésimo, casi susurrando, volteando temeroso a la puerta que daba a la calle—, por esto te encierran, pero en el tambo.

El comentario fue recibido con risas, más como broma que como posibilidad. Pero a lo largo de la noche, más de una persona volteó hacia la puerta.

—¿Y ésta? —continuó Flavio—. No se debe mezclar. No es por menospreciar la que ustedes traen, pero neta que deberían probar ésta primero.

Prepararon la pipa. Iñaki propuso que le pusieran vodka en lugar de agua, pero el purismo de Flavio volvió a intervenir, recomendando que se la llevaran con calma.

—Al caballo, primero lo acaricias, le dices tu nombre, le pides permiso... luego lo montas.

Onésimo se le quedó viendo, en su rostro se pintaba la pregunta.

—Imagínate que ésta es como “Tornado”, el caballo del Zorro: un semental, orgulloso —dijo Flavio a modo de explicación—. No se va a dejar montar así como si nada. Si te le acercas sin precaución, te va a dar una patada que te apaga las luces. Sé que todos ustedes ya saben fumar, pero hasta el vaquero más chiludo sabe que a un potro nuevo, te le acercas con cuidado; pero, como ustedes quieran —concluyó, levantando manos y hombros—. Yo me voy a hacer mi churruto.

—¿Qué, no vas a darle a la pipa? —preguntó Isdur.

—No, carnal. Con todo respeto. Está chidisima y todo, pero... y no es que me den asco las babas, es que el virus... Por eso yo mejor con mi churruto.

—Nah —tachó Iñaki, aprovechando la oportunidad para pasar a la ofensiva— ¿A poco te crees todo eso?

—Sí, carnal. Cada quien cree lo que quiere creer y ésa es la realidad. Es como lo que un cuate me decía de la religión, cuando yo le reclamé que ir a misa no servía de nada. Me dijo: “si existe y voy a misa, ya me salvé; si existe y no voy, ya valí y directito al infierno”.

—Pero el infierno y todo eso...

—Yo no sé si existe o no —interrumpió Flavio—, como no sé si exista el virus, pero nada me cuesta prevenir. Digo, me voy a poner igual de pacheco que ustedes si fumo o no en ese bong... ¿Qué más da?

—¿Eres budista o algo así? —preguntó Braulio.

—No sé, carnal. Pero si me vas dar una explicación profunda, espérate tantito a que andemos bien colocados para que te

pueda entender. Lo que sí sé y les puedo decir, porque así lo creo, es que este churro va a ser para mí. Si quieren, le puedo hacer uno a cada uno, pero este de aquí es para mí.

Horas después, ya habían hablado de filosofía, de religiones, de conspiraciones para el dominio mundial. Hasta Onésimo, que no fumaba, ya se sentía en ambiente. Había, incluso, compartido el ataque de risa cuando se pidió música de Pink Floyd e Iñaki, pensando en “Pink”, expresó con poco decoro que él “sí le daba”. El estallido de carcajadas era alentado ante los comentarios: “¿a los cuatro juntos o de uno por uno?”, “pero uno ya murió, ¿no?”, “¡ándale!, no sabía que eras necrófilo”.

Para meterle más leña a la fogata, el histriónico DJ, en su fútil intento por apaciguar la burla, quiso levantarse y explicar su caso: él se imaginaba a la cantante de pop, pero nadie había escuchado su referencia a “la popera que se las daba de muy ruda” porque ya todos se estaban riendo. Pero ni se levantó ni dio explicaciones. Resbaló y cayó al suelo, montando un cómico escándalo. Nadie sabía si el ataque de risa fue causado por esa “sacrílega confusión” o por la caída.

YOLANDA HABÍA SALIDO ESA NOCHE CON GANAS DE BAILAR, BIEN PEGADITA, CON alguien que supiera moverse. Por eso, cuando Pancracio la invitó a salir, ella decidió estrenar un cortito y provocador vestido rojo con flores amarillas, para lucir piernas, hombros y cintura. Por eso, cuando llegaron a casa de Isdur, y Yolanda se dio cuenta que ahí no habría baile alguno, la provocadora güera se enojó y para molestar más a Pancracio, decidió tomar y fumar más de la cuenta.

A lo largo de la noche, Yolanda contó las miradas que arrebatada. Para eso era el vestido, después de todo, y si Pancracio no se iba a fijar en ella, ya se encontraría a alguien que sí. Por eso, cuando vio que Braulio subió al baño, ella subió también.

Sus amigos llamaban “Yisus” al muchacho que hablaba con la autoridad de quien sabe lo que dice. Cuando lo provocaban en una discusión, él permanecía en silencio, y callaba con prudencia. Eso, y las sonrisas que intercambiaba con la muchacha, llamaron la atención de Yolanda. Cuando lo alcanzó frente a la puerta del baño, antes de que Braulio entrara, ella lo llamó por el nombre de Jesús.

Braulio volteó, guardándose una risa.

—Te llamas Jesús, ¿verdad? Tus amigos te dicen Yisus.

—Es por el pelo y la barba —explicó Braulio, pasándose los dedos entre la cabellera —Yolanda se puso del color de su vestido—. Y porque me gusta hablar de filosofía. De vez en cuando cito la Biblia —añadió Braulio.

—¿Eres religioso?

—No particularmente. La Biblia es un tratado de filosofía. También puedo citar otros libros y autores. Pero la apariencia me logró el apodo. Los niños de mi cuadra se persignan cuando paso caminando.

—¿Y tú qué haces? —Yolanda se rio—. ¡Perdón! —pareció de pronto percatarse de algo —Yolanda se llevó dos dedos a la boca. Puso la otra, delicadamente, ante el pecho de Braulio—. ¿Te molesta que te llamen así?

—Para nada. Les doy la bendición y los regaño cuando me “confiesan sus pecados”.

—Bueno, en eso tienen razón —Yolanda levantó las cejas y sonrió, divertida con la escena—. Tienes como que “aura”, o no sé —la muchacha fingió un ligero mareo y se sostuvo del barandal.

—¿A poco sabes del aura? —Braulio se mostró interesado, ignorando la fachada de desequilibrio.

—Tal vez —contestó ella, enredándose la punta del cabello.

—¿De qué color es la mía?

—No sé, pero apuesto a que ya sabes que la mía es roja.

Braulio reparó en el vestido. Yolanda, al saberse observada, giró con gracia, sobre un solo tacón, doblando la rodilla de la otra pierna. Levantó los brazos y los dobló por encima de su cabeza, los dedos entrelazados en actitud suplicante. Los holanes de la falda siguieron el movimiento del cuerpo. Tras dar la vuelta completa, azotó el tacón del pie levantado, aplaudió y volvió a percutir el piso con el tacón. “Tacatán”. Braulio asintió con discreto entusiasmo. Percibió un dejo de perfume que cedía terreno al sudor. La miró con crecido interés.

—¿Tango o flamenco?

Yolanda se echaba aire con las manos al pecho y rostro.

—Cualquier cosa que me haga moverme, la verdad —peinó con sus manos el vestido—. No tengo predilección particular: jazz, tango, salsa, reagué, flamenco, danzón, rock.

—¿Das clases?

El filósofo se había quitado los lentes, para desempañarlos.

—No, pero si quieres te puedo enseñar unos pasos.

Braulio sabía que tenía que decir algo, ya fuera para seguir el juego o detenerlo, pero el coqueteo así de agresivo y directo, no le acomodaba. Se reacomodó los lentes, tomándose su tiempo.

—Hay una corriente de baile que, desde que me enteré de cierta particularidad, me llamó mucho la atención. No sé si te sea familiar.

—¿Qué corriente? Mientras se pueda bailar, lo bailo. Si no lo conozco, le inventamos pasos. Hay bailes o coreografías que se memorizan y repiten —se recargó y cruzó de brazos, ninguneando con los dedos—. Lo que a mí me gusta es lo que nace en el momento: lo que brota sin remedio y sin oportunidad de detenerlo; y antes de que se pueda estudiar, ya se esfumó. Como un instante, como la vida.

Frotó las yemas de sus dedos y luego abrió la mano vacía.

—¿Conoces el hedonismo?

—No.

—Búscalos, te gustará. Va por el lado de vivir para gozar. Pero a lo que me refiero es a la bulería, que es una corriente del flamenco, pero creo que viene de la época en que los moros tenían España. ¿La conoces?

—No, pero cuéntame más, ya me interesaste.

—Pues resulta que el baile en sí representa una maldición, ya sabes, los gitanos y su misticismo: la lectura del tarot, la esfera de cristal, los amarres de amor. Cada movimiento del baile es como un conjuro con sus respectivas aplicaciones e invocaciones a entes o poderes que la ciencia no conocen, o no se dominan *per se*.

Yolanda posó sus ojos en los de Braulio. Éste se acomodó los lentes. La bailarina se proyectaba, el filósofo medía.

—Como un poema de Bécquer, que dice... — el filósofo se interrumpió—. ¿Te gusta la poesía?

—¿Me vas a escribir un poema?

—No, pero te puedo compartir una fracción de uno de Bécquer, que expresa la idea que te comparto.

“A ver —decían los ojos de Yolanda—, poemízame”. Braulio carraspeó. Se llevó una mano al pecho y estiró la palma de la otra. Se acomodó como la estatua de Manuel Acuña en la Plaza de las Ciudades Hermanas. Puso ojos de que el romanticismo y la poesía son cosa seria. Tomó aire.

*Mientras la ciencia a descubrir no alcance
las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que el cálculo resista;
mientras la Humanidad, siempre avanzando
no sepa a do camina;
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!*

—Qué bonito. La poesía, el baile, las maldiciones. Todo está conectado, ¿verdad?

—Desde luego. De hecho, Bécquer decía...

—¿Te interesan las maldiciones? —interrumpió ella, moviéndose en un vaivén, como invitando a un niño de quince años a jugar a la Ouija.

Braulio entrecerró los ojos, pensando en si tal vez hubiera sido más efectivo un poema de Benedetti.

—Tienen su encanto —contestó él, pasando un rápido vistazo al vestido rojo, los chamorros y los pies amoldados por la forma del tacón.

Braulio sentía que perdía espacio a pesar de que ni él ni ella se habían movido de lugar.

—¿Y qué harías si te confieso que esa vuelta que acabo de dar... —ladeó la cabeza, sin dejar de mirar a Braulio— fue un conjuro y ahora estás bajo mi poder?

Braulio tuvo necesidad de tragar saliva, pero se contuvo sabiendo que, de hacerlo, esta mujer lo tendría acorralado, y él no haría por librarse.

—Si fueras tú una bruja... ¿me dejarías ir al baño antes de seguir con esta batalla? Porque pienso oponer resistencia. Tengo mis maneras de defenderme de los embrujos.

Yolanda sonrió lentamente y se mordió un labio. Respiró hondo, sus párpados cayeron como en una gentil brisa de verano. Sintió cómo apretaba su pecho contra el escote.

—No tardes —concedió al fin—. Y recuerda lavarte bien, por lo del virus.

Mientras se abría la bragueta, Braulio se dio cuenta de que su cuerpo ya lo llamaba a ceder ante la bailarina. Se preguntó si ella lo habría notado y de inmediato sintió el sudor en la sien y en la espalda. Tomó una gran bocanada de aire que le supo a orines. Se asqueó, apretó los ojos y sacudió la cabeza. Qué aventada y qué efectiva, pensó. Meditó en preguntarle si Mister Olimpia, ese con quien ella había llegado, era su novio. No se sabía el nombre de su acompañante, ni el de ella, para tal caso.

Se lavó meticulosamente las manos y enjuagó la cara. Qué ironía, pensó, si esquivamos el Covid pero nos contagiamos de alguna enfermedad venérea. Salió del baño sin decidirse a correr el riesgo. Yolanda estaba recargada en el barandal, agachada, de

espaldas a la puerta del baño. Braulio la miró e imaginó que esa posición no había sido casualidad. Sintió un impulso de acercarse rápidamente y con fuerza, tomarla de la cintura y rogarle a Dios que no lo cachetearan. Yolanda se compuso y volteó.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—Todo tuyo —y le señaló el baño.

—No subí para ir al baño —se acercó a él como una amenaza silenciosa.

Braulio retrocedió por instinto. Yolanda bajó la mirada y la levantó. Sus ojos, una palpitante invitación. El filósofo percibió un calor acogedor y un aroma embriagante. Se preguntó quién de los dos estaba más borracho. A él le faltaba poquito para perder cualquier rasgo de pudor. Ella, supuso, ya estaba más allá. Si tan sólo bajaran por otro trago, pero temía romper el ambiente cristalino que se había construido alrededor de ellos.

—¿Para maldecirme, entonces? —dijo Braulio

—No tanto como maldecirte —susurró ella en tono intimista.

Braulio volteó a ver la puerta cerrada de una habitación donde seguro habría una cama.

—Por esa puerta —Yolanda señaló la de servicio— se puede subir al techo. Está abierta, ya revisé. Allá podemos seguir con nuestro duelo de conjuros.

ANTES DE SALIR AL TECHO, BRAULIO SE IMAGINABA DOS POSIBILIDADES: INUNDADO en el abrazo sexual de Yolanda o golpeado bajo la furia celosa de Pancracio. La realidad estaba más cerca de la primera. Pancracio no era del tipo celoso, y no era pareja de Yolanda. Así dijo ella. Aunque habían tenido una relación: se había vuelto amistosa,

después de su primer encuentro sexual. Simpatizaban, agradecían la compañía, pero había algo que delimitaba la relación: probablemente en su sudor o en su saliva, en su manera de moverse, en sus silencios o sus sonidos, en su manera de terminar o de empezar. Ninguno sabía, en realidad, qué arruinó su aventura bajo sábanas, pero sabían que entre ellos dos, la cosa no iba por ahí.

El aire soplaba fresco. Por alguna extraña razón acústica, el techo en casa de Isdur se percibía ajeno a lo ocurrido en la calle, en los bares y en las casas. Había edificios más altos que el techo de casa de Isdur, pero no tanto como para opacar la sensación de estar por encima de las cosas.

—¿Cómo te defenderías? —preguntó Yolanda, manos atrás.

Le daba la espalda a Braulio. Caminaba pasos lentos, sin dirigirse a ningún lado, contemplando la cúpula celeste. Su tono era muy diferente al que había adoptado afuera del baño. Ahora era más casual. Braulio lo agradeció, no sin un dejo de molestia.

—Depende del ataque. A veces, una defensa violenta sale más perjudicial que la evasión. Depende. Tal vez no tenga que defenderme del todo.

—¿O tal vez no quieras? —Yolanda lo volteó a ver—. Digamos que yo fuera una bruja que baila flamenco y te eché una maldición. ¿Cómo te defiendes?

—Con un mudra.

Yolanda se detuvo en seco. Preguntó cómo funcionaban, cuáles se sabía, dónde los había aprendido. Braulio explicaba, pendiente de los movimientos de la bailarina. Ya no era intrusiva ni agresiva en su coqueteo. Ahora parecía tener auténtico interés académico. Era otra persona.

De pronto, lo interrumpió como un martillazo de juez.

—Siempre he querido morderle el cuello a alguien hasta hacerlo sangrar —Braulio se congeló—. Prometo que no dolerá —explicó Yolanda—. Sólo quisiera saborear tu sangre. Así, poquitito. Una gotita.

—¿Estás loca? —exclamó, sobándose el cuello.

—Te juro que valdría la pena. Bueno, en el cuello no —negoció posibilidades, su voz imploraba—. Un chupetón, pero duro. Más en el hombro que en el cuello; como para que se pueda tapar con la ropa y nadie lo note.

Braulio dio un paso atrás, incómodo y alarmado. Yolanda suspiró. Reconoció que había perdido su oportunidad.

—Te lo dije, porque quise ser decente contigo —la bailarina explicó en voz pausada, imprimiéndole disculpa a sus palabras, clamando comprensión—. Se ve que eres buena persona. No quería hacerlo a la fuerza.

—¡Ni a la fuerza ni con mi consentimiento! Braulio no se creía la conversación—. ¡Yo no le hago a esas loqueras! ¡Qué asco!

—Ahorita te doy asco, pero hace rato... te tenía comiendo de mi boca. Y sí pude hacerlo, fijate. Mientras me manoseabas. No, ni pongas esa cara. Bien que querías. ¡Eso y más! Todo lo que yo tendría que hacer era clavarte los dientes y apretar duro. Bien sabes que pude hacerlo a la mala. Pero preferí hacerlo con tu permiso.

El filósofo pensó en todas las historias de vampiros que conocía. Jamás se le ocurrió que Yolanda le hiciera a la chupasangre. No tenía la pinta. Era muy seductora: candente y eficaz, como se supone que son los hijos de la noche; pero, ¿vampirismo?

—¿Y para qué carajos quieres morder hasta sangrar?

—Por la misma razón que tú querías manosearme.

—Estoy seguro de que no era la misma razón —Braulio escupió, ofendido—. El vampirismo es como una enfermedad o un degenerere.

—Y tú muy casto y puro. ¡Ni te sabes mi nombre y ya estabas dispuesto a llevarme a la cama, o hacérmelo aquí, de pie! A ver, príncipe azul, ¿dónde está el anillo? ¿Dónde está el compromiso? ¿Es amor inmaculado? ¿Sentías algo por mí o sólo por mi cuerpo? ¿Por qué tus antojos son puros y los míos degenerados? No era que quisiera hacerte daño, solo quería probar un poquito de sangre.

Braulio había pasado muchas situaciones singulares con mujeres, pero ésta las rebasaba. Yolanda estaba loca. ¿Qué tan loca? Él no quería probar sangre, pero tampoco pensaba, como decía ella, en una relación decente. ¿Dónde se pintaba la raya entre lo permitido y lo degenerado?

—¿Y si me muerdo la lengua? —preguntó indeciso. Yolanda se volvió extrañada—. La lengua es más sangrona que el cuello. Me muerdo la lengua hasta que salga sangre y nos besamos.

—¡Wácala! —espetó Yolanda—. Y menos en estos días de virus. Mejor como dijo Flavio: cada quien sus babas.

PANCRACTIO SÍ GOLPEÓ A ALGUIEN ESA NOCHE. CUANDO NO FUMABAN DE LA pipa de agua, regalo de Germán, la puerta de la casa permanecía abierta. Todos los transeúntes de la calle miraban hacia la fiesta. Lo mínimo que hacían era mirar. Después de los primeros borrachos que pasaron con intenciones de entrarle al jolgorio,

Leonardo y Edelmira se fueron. “Esa fiesta es un potencial desastre —dijo Leonardo—, y ya me cansé de escuchar música a todo volumen en un lugar tan cerrado”. “Y no quieres ver cómo tu amigo se deja engatusar por Armina”, añadió Edelmira. “Eso me vale, queda entre ellos. Iban bien cuando pusieron ese jazz sabrosón, ¿cómo se llamaba? Don Shirley. Cierto”. Darío no tardó mucho en irse. Sus cervezas artesanales se habían acabado y aunque le ofrecieron tequila o cerveza comercial, no andaba en antojo. No podía platicar con Isdur porque éste había quedado hablando con Armina. De lejos, Darío los miraba, pensando en si era pertinente inmiscuirse en la conversación. Entre esos dos había tantas sonrisas al porvenir, como suspiros melancólicos. Darío no tenía cabida en eso.

A Onésimo tampoco le gustó el panorama de cómo pintaba la fiesta. Metió su mano a la bolsa del pantalón. Mantuvo presión en un botón de su celular y activó el sonido de la llamada. Fingió contestar y hablar con su esposa acabando la conversación en “ya voy en camino”. Flavio, al ver que la fiesta se vaciaba, decidió recorrer los bares del centro donde seguro encontraba amigos que quisieran volver con él. Antes de irse, se acabó su porro.

Pancracio, Germán e Iñaki hablaban y fumaban tabaco, cerca de la puerta, para disimular el olor a marihuana. Eso, por un lado, y para darle espacio a lo que estuviera sucediendo entre Isdur y Armina. Un borracho pasó por la otra banqueta y se dispuso a orinar. Germán les dijo a los otros que había visto a ese borracho varias veces en el centro, y la mayor de las veces, lo veía orinando. Era muy extraño. Iñaki, resguardado por la supremacía en números, le gritó algo al borracho. Éste respondió

con gritos, igual, pero no detuvo el proceso de orinar. Pancracio hizo hincapié en el asco que le daban cosas así. Respirar los orines. Remarcó que el mejor invento en la humanidad no era la rueda ni el internet, sino el drenaje. Iñaki se rio y le aventó una piedra al borracho. Con eso tuvo, dijo, al ver que el indecente se caía de borracho. No deberías dejar que orine frente a tu casa, es foco de infección, dijo Pancracio. Sí, ya sé, contestó Germán, pero yo vivo aquí. No quiero que luego se ensañe conmigo y orine aquí cada que pasa. Es tu casa. Eres hombre. Tienes que proteger lo tuyo. Le pones unos buenos...

Antes de decir “fregadazos”, Pancracio, Germán e Iñaki reaccionaron protegiendo sus rostros. El borracho les había aventado una botella que se estrelló en la pared, cerca de ellos. Pancracio se cuadró como cuando se subía al cuadrilátero. El borracho reía y maldecía. Metió su mano al pantalón, ignorando la amenaza que representaba Pancracio. En cinco pasos, el joven, ya estaba frente al oloroso esperpento. “¡Te me largas a la chingada!”, gritó, justo en el momento en que al borracho le dio un ataque de tos. Eso no detuvo la furia aplastante con que Pancracio, en tres golpes, tumbó al borracho. Ya en el suelo, vencido el contrincante, vio que el despojo humano seguía orinando. Pancracio se miró la ropa. Se palpó y sintió mojado. Reprimió, sin éxito, la urgencia de vomitar, justo en el momento en que pasaba una patrulla de policía.

AGUA ESTANCADA

LA HABITACIÓN ERA OSCURA, CON UN TONO CREPUSCULAR DE LAS ESTANCIAS cerradas. Cindy no tenía problema con la oscuridad. Sabía a lo que iba, pero había entrado acompañada. Revisó su ropa para ver si se la habían intentado quitar. No era que tuviera problema con que se hubieran divertido un poco, chispándose los pelos. Se llevó la mano a la nuca para ver si había rastro de Hirsuto. Nada. Tal vez sólo se quedó dormida y ahí la dejaron, después de enfiestarse un poco. ¿Qué le habían dado? No se acordaba. Cómo acordarse de algo difuso mientras la habitación entera daba vueltas. La oscuridad no era problema. Ni la soledad. Su recién fracaso en la escena musical tampoco. Habría que reconfigurar el fondo o la forma. Tal vez cambiar de instrumentos o de alineación y volver a intentar. Musicalmente hablando, no había perdido nada, porque en su corta carrera aún no había logrado nada. Eso no era problema, al menos no tan grande. Pero que la habitación diera vueltas cada que intentaba levantarse, eso sí era un problema.

No había nada que pudiera arreglar, si no podía salir de esa habitación, no podía regresar a la sala donde estaba la lumbre de la fiesta. Tres veces se había intentado levantar y había ido a dar al suelo, golpeándose con los muebles y llevándose consigo artefactos caseros que, en su estado de cordura actual, no podía darles definición.

“Sufre, sobrevive, arriesga”. Las tres palabras que Cindy escuchaba en su mente mientras se incorporaba. Si levantaba la cabe-

za, la espiral que abarcaba su vista resplandecía estroboscópica y comenzaba a dar vueltas. ¿Qué era lo que los danzantes decían? ¿Aprieta el estómago? No, era algo con los ojos. ¡Enfocar la vista! En lo que fuera: un objeto, una lámpara, una mesa, un sillón, en algo para detener la espiral que la mantenía en el suelo. Sintió un golpe en el estómago y una arcada en la espalda. Se le abrieron los ojos en pánico y apretó la boca. ¿Y si vomitaba? Se recostó en el suelo en posición fetal y se sobó el estómago suavemente para evitar la náusea.

“Sufre, sobrevive, arriesga”, repitió la voz en su cabeza. “Primero contrólate”, pensó. No vayas a causar un... sintió más náuseas. Le hormiguearon las manos y su espalda. Mejor no pensar en eso para evitar una catástrofe. Ése era un mejor enfoque. El pánico causa más náusea, comezón e icor. No entres en pánico. Tal vez sea vómito normal, no tenía por qué volverse esperpento. “Agua. Necesito agua. Café, mejor. Fuerte y caliente”.

Tener un plan servía para evadir la náusea. Se arrastró con los ojos cerrados hasta una pared. Se aferraba en controlar la poca cordura que le quedaba. Estiró un brazo y palpó lo que podía ser una cortina. Juntó fuerzas para levantarse y la cortina se vino abajo, dejando ver la ventana. Era noche de dos lunas, pinzas de escorpio, lo que significaba buena luz. Al poder enfocar su mirada en la puerta, Cindy se incorporó. La habitación ya no daba vueltas, pero se sentía débil. Si no se apoyaba en algo, sus piernas cederían al peso del cuerpo. Se mantuvo quieta, de pie, aferrada a la pared durante el tiempo en que la gravedad pasaba de ser infra. Cada cinco segundos se iban sintiendo más ligeros que los anteriores. Cuando al fin el suelo dejó de atraerla con una fuerza mayor a la cotidiana, emprendió el camino.

Dio un paso tambaleante hacia la puerta. Quería encontrar refugio en sus amigos. Necesitaba evadir la locura que ella misma se había buscado en un arranque. Antes de poder pensar que no lo volvería a hacer, o al menos que procuraría ser más precavida en su consumo de sustancias, sintió que dos garras duras y frías la tomaban de los hombros y la jalaban hacia atrás, arrastrándola contra su voluntad, sin dejarla caer, consumiéndola hacia un abismo, hasta que sus corvas dieron con un sillón y cayó sentada. Se intentó levantar o tirarse al suelo para librarse de las garras, pero éstas la sostenían dolorosamente de los hombros.

Cindy tenía los ojos cerrados, apretaba los párpados. Lo que la estuviera agarrando le resultaba espantoso como para hacerle frente. Sintió que le respiraban encima. Era un tufo de tierra podrida. “Bama Naya”, pensó. Sus manos y rodillas temblaban. Intentó apretar los puños, pero sólo logró llevarlos al pecho. Las garras en los hombros estaban por romperle la piel. Sintió que una fuerza más poderosa que su voluntad le abría los ojos. La temblorina se había expandido hasta el rostro y la cabeza entera. No sabía si era eso, o la espeluznante imagen que tenía ante sí, lo que ocasionaba la fuerte, dolorosa jaqueca. Cada palpitación de sangre en su cerebro era un punzante martilleo que le machacaba los sentidos en un molcajete de infernales brasas ardientes.

Las historias de avistamientos de Bama Naya eran muy variadas. Había muchas inconsistencias pero también sus constantes: apariencia de mujer horrorosa, con ojos mal balanceados, si es que se le pudieran llamar ojos a esos espacios de negrura absoluta que tenía en las cuencas de diferentes tamaños; nariz

larga, torcida, que parecía seguir creciendo como una respiración que inhala el ambiente que no descarga. La voracidad que sólo consume. La nariz parecía expandirse, moviéndose en espiral hacia una dirección, mientras que el resto del rostro parecía ir en círculo hacia el lado contrario.

Bama Naya estaba sonriendo, absorta en su propia locura, en sus propios placeres. Retrocedió de golpe. Emitió un alarmante sonido de siseo y volteó a un lado y a otro, contorsionando su cuerpo lleno de llagas: piel arrugada y escamosa, entre café, verde y gris. Cindy pudo notar que las extremidades de Bama Naya eran más largas y desproporcionadas que las medidas de su tronco, parte de los raquíticos brazos y piernas de la bruja, parecían ramas de árboles, de las cuales supuraban hongos fétidos y asquerosos. Antes de perder la noción, la joven vio como Bama Naya brincó hacia la ventana y se desvaneció en el reflejo de la luz lunar, momentos antes de que se abriera la puerta y entraran a la habitación personas llamando a Cindy.

TRECE DÍAS DE SERVICIO SOCIAL O UNA EXCURSIÓN A DEPOSITAR BASURA EN los yermos. Esa había sido la condena por intoxicación pública. Cindy había elegido los trece días de servicio. Con la cruda que tenía, que amenazaba con extenderse más de un día, no iba a resistir una excursión a los yermos. El clima desértico fuera de la bóveda artificial de la ciudad era inclemente. Durante el día, el sol era tan abrasador como una hoguera. Por la noche, la dura roca que conformaba el piso del yermo, se helaba. Había trajes especiales y un protocolo de supervivencia. Aun así, Cindy eligió la pena prolongada ante la corta pena intensa.

La ancianita se le acercó extendiendo su tazón. Cindy metió el cucharón a la cazuela caliente. Al revolver el viscoso contenido, despertó el desagradable aroma de la supuesta sopa de letras con verduras. Como que los de cocina no se esmeraban en la preparación. Habían dejado demasiado tiempo la pasta en agua hirviendo y las letras, en lugar de tener una consistencia sólida y suavecita: se deshacían ante cualquier fricción. La viejita levantó la nariz, cerró los ojos y exhaló sonriendo. ¿Cómo era posible que a estos viejecitos no les diera asco la comida que les proporcionaba el Ayuntamiento?

—Mh —saboreó la viejita—. Perfecto lugar para albergar mis esperanzas.

—¿Perdón? —Cindy retrocedió, haciendo un esfuerzo por no verse maleducada.

La joven no sabía si oyó mal o si la viejita hablaba incoherencias.

—No les hagas caso —dijo una voz masculina.

Cindy volteó por encima de su hombro y vio a un joven lavando platos. Era más o menos de la edad de ella, edad para cometer tonterías y dejarse llevar por las hormonas. El chavo no era muy agradable a la vista. Tenía una desagradable cicatriz en la frente. La intentaba tapar con su cabello, pero no lo lograba del todo. Cindy no quería hacer amigos en ese lugar, pero tener alguien con quien platicar haría más llevadero el día.

—Muchos ya tienen demencia —dijo el chavo, asintiendo como si dominara el tema.

Al sentir la mirada de Cindy, sacudió su cabeza para que el cabello le callera sobre la cicatriz. Volvió su rostro a los platos sucios.

—Me imagino— la muchacha se acomodó el cubrebocas.

No sabía qué era peor: con cubrebocas o sin él. Si se lo ponía, la mitad del rostro se le abochornaba. Después de un par de horas así, sentía que el sentido de la respiración se corrompía. Como si estuviera inhalando sus excreciones nasales. ¿Qué clase de virus fétido y depresivo habría en ese lamentable ambiente? Cuando pidió que los dirigentes le explicaran sobre el cubrebocas, la amenazaron con que, si la veían sin él, le alargarían la sentencia. Prefirió no arriesgarse y, aunque ansiaba quitárselo, imaginaba que el hedor del asilo podía ser peor. Una combinación entre pañales de adulto (sudor agrio de anciano empastillado, que ni por ver el sol se da cuenta que es de día) y ese menjurje pastoso con que los alimentaban. Con razón olían tan feo. Muchos viejitos estaban tan drogados que se la pasaban babeando, mirando al vacío.

—Ojalá y ellos al menos la estén pasando bien, anden donde anden —Cindy dejó el cucharón, acercándose al muchacho.

El joven miró a Cindy y se enderezó. Rápidamente, talló sus manos contra el mandil.

—¿Las has probado?

Los ojos del chavo eran muy penetrantes. Cindy pensó en no dar ninguna señal de ligoteo. Nada que pretendiera algo más que una conversación para amenizar su tiempo de condena. No quería otro Patricio. Nomás de acordarse, se le apretaba el cuello y le daba comezón en los brazos. Reaccionó cuando sintió la intensidad de la mirada. Cindy se incomodó.

—¿No te gustan las pastillas? —el chavo no parpadeaba. Movi6 la cabeza de arriba abajo, insistiendo más que preguntando.

Se le escapó una risita a Cindy. ¿Tenía cara de atascada o qué? No era la primera vez que un desconocido quería acercarse a ella con el tema de las drogas. Tal vez daba esa impresión por la cruda que tenía y su vestuario de punk-rock. Alguien muy perceptivo podría oler el alcohol (y todo lo demás que se metió en la fiesta) más allá del shampoo, las cremas y el perfume que se echó en la mañana antes de salir. Este chavo era muy peculiar. No le sorprendería que tuviera muy desarrollado el olfato.

—Ni siquiera sé qué pastillas son las que les dan.

El chavo comenzó a hablar sin parar. Habló sobre pastillas. Parecía conocer los nombres, de qué planta provenían, y bajo qué clima crecían. Habló sobre los efectos principales y los secundarios. Marcó una pauta entre los agradables, que eran cortos, y los desagradables, que eran largos. Habló sobre su primer doctor, que era más como su amigo, quién le enseñó herbolaria y cómo tener un huerto casero. Habló sobre cómo hacer pastillas, cómo hacer aceites, cómo hacer pomadas e infusiones. Habló sobre su segundo doctor, que preguntaba cosas tontas. No quiso contestar qué le pasó al primero. Se olvidó inmediatamente del segundo y habló sobre el tercero. Cuando empezó a ir con su tercer doctor fue cuando comenzaron a desesperarse sus padres. Ellos discutían por las noches creyendo que Julián no los escuchaba. Pero Julián no dormía como sus padres suponían. Él sabía qué pastillas no tomar. Su primer siquiatra se lo había dicho.

—Las que te duermen, te calman —sujetó de improviso el brazo de Cindy—, pero dormir así es como estarse muriendo. Es una muerte lenta. ¿O era muerte interna? No estoy seguro, pero no están padres.

Cindy escuchaba con atención, incrédula, impactada. No sabía qué pensar. ¿Era Julián un autista, o un esquizofrénico violento? No parecía ser mala persona, pero tampoco parecía estar bien de la cabeza. Cindy lo miró con una pregunta vibrando en su boca. Julián dejó de hablar, atento a la intención de Cindy.

—¿Has oído hablar de Bama Naya?

Julián guardó silencio y arrugó la boca. Cindy no supo si lo preguntó para contárselo a alguien o para buscar una solución.

—“La Señora de los árboles torcidos” —recitó el joven, sacudiendo el cabello que le tapaba la cicatriz.

—¿Conoces alguna planta o pastilla que... —Cindy dejó la pregunta al aire.

—Ella es la señora de todas las plantas. ¡Sabe más de plantas que yo! ¡Sabe más que todo el mundo!

—¿Más que tu primer siquiatra?

—¡Fácil! Ella es más planta que persona. Mi siquiatra es una persona como nosotros. Debo seguir lavando, no quiero que me regañen.

Cindy percibió que otro viejito se acercaba a pedir de comer. Tomó el cucharón y lo metió a la cazuela. Miró con desagrado las burbujas que se inflaban y reventaban, salpicándola. Levantó el cucharón para servir y vio cómo se deshacían las inconsistentes letras de pasta. Agradeció el delantal.

Al momento de servir la sopa, sintió un retortijón en el estómago. Eructó un horripilante olor. Sintió que se sofocaba. Inhaló por reacción, sin pensar. El flujo de aire pegó el cubrebocas a sus labios y sintió un líquido cálido. Se asqueó. Tembló y de-

rramó parte de la sopa caliente en la mano del viejito. Cindy se alarmó, temiendo que el viejito gritara de dolor.

Las manos no se movieron ni un milímetro. Eran unas manos grandes y callosas. Cindy levantó la mirada para disculparse. El viejito tenía los ojos bien abiertos. La frente dividida en arrugas horizontales y una sonrisa estática, como atornillada al rostro. Su mirada estaba ausente. Cindy se congeló sin saber cómo reaccionar. El anciano comenzó a inflar los pálidos cachetes. Removió algo dentro de su boca. Escupió la dentadura postiza. Los dientes falsos estaban bañados en una mezcla viscosa de sangre coagulada y pedazos de pasta aplastada. La dentadura postiza chocó contra el delantal de Cindy y se quedó pegada. La muchacha gritó con horror y dio un manotazo a la pieza bucal, que fue a dar a la cazuela. Al principio pareció flotar y se fue hundiendo poco a poco. Cindy miró al viejo. Su boca sonreía, pero sus ojos gritaban afónicos ecos de cólera. Abrió la boca y Cindy pudo ver lo que había donde alguna vez estuvieron los dientes. Eran unas pequeñas piedrecillas grises, puntiagudas, como si fueran dienteitos de tiburón. La boca comenzó a temblar hasta que se movía mordisqueando, sin nada que morder.

El anciano grito con una fuerza descomunal, como si la vida dependiera en ello. Agarró a Cindy de la solapa. La acercó a su rostro y le gritó con más fuerza. La empujó violentamente. Cindy tropezó con la cubeta llena de trastes sucios y miró al viejo, temerosa de que le cayera encima y la intentara morder. El viejo, en cambio, tomó la cazuela de sopa y metió su cabeza al caliente líquido. Comenzó a moverse con tremenda violencia. Brincaba como para en-

trar completamente a la cazuela. Era imposible, pero sus intentos bruscos daban una apariencia de completa desesperación.

Julián acudió primero a Cindy. Al percatarse que ella estaba bien, gritó pidiendo ayuda y fue hacia el anciano. Lo tomó con fuerza de los hombros. El anciano opuso resistencia. Parecía imposible cómo un anciano decrepito competía en fuerza con un joven de diecisiete años. Pronto llegaron dos enormes guardias de seguridad. Le inyectaron un tranquilizante al viejo. Julián miró con horror la jeringa y se fue para atrás. Cayó de espaldas al suelo. Miró a Cindy. En sus ojos se garabateaba una súplica.

EL DIRECTOR DEL ASILO MANDÓ LLAMAR A CINDY. ERA UN TIPO QUE VESTÍA UN traje hecho a la medida: café con delgadas líneas grises. Tenía barriga. Estaba recién afeitado. Olía a combinación de tabaco, loción de baño y sudor. Sus ojos se movían poco. Apenas y se fijaron en Cindy cuando ella entró a la oficina. La muchacha pensó en cuánto le fastidiaba esa actitud arrogante de los dirigentes.

—¿Señorita Montalvo?

—Sí... —contestó la muchacha y se detuvo. Permaneció de pie, atenta, en posición marcial. Su mano derecha sobre la izquierda. La espalda rígida. Las piernas rectas.

—Adelante, siéntese. ¿Gusta un vaso de agua?

Cindy carraspeó. Odiaba ese tono condescendiente. Se sentó sin apartar las manos del frente de su cuerpo.

—¿Un cigarro?

La muchacha apretó la mandíbula.

—¿Es en serio? —Cindy pretendió sonar ofendida.

—Por supuesto que no —dijo entre risas, el director—. ¿Le molesta si fumo?

El director abrió un cajón. Sacó una cajita de madera y la dejó en la mesa. Cindy miró la caja. Trató de imaginar qué haría su abuelo en su lugar. El director abrió el cerrojo de la cajita. Sacó de ella una pipa y una bolsita con tabaco. Acomodó meticulosamente la hierba seca. La aplastó y se dispuso a fumar. ¡Cuánto asco le provocaba a Cindy la manera en que el director saboreaba el aroma! Ella no estaba ahí para ver cómo un presuntuoso funcionario fumaba su pipa.

—¿Me van a castigar?

—¿Por qué habríamos de hacerlo? —el director fingió sorpresa—. ¿Hay algo que quisiera confesar, señorita? ¿Algo de lo que no esté yo enterado?

Cindy sentía que el coraje le subía de la espalda a la cabeza, cómo los poros de su frente se abrían para soltar gotitas de sudor. Odiaba este juego de mentiras.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—Ésas son las preguntas interesantes —el director levantó las cejas—. ¿Qué hacemos aquí? ¿Cuál es nuestro lugar en el mundo? ¿Qué es la vida? ¿Qué es la muerte? Pero es más interesante todavía la locura. No sabemos si la locura es el preludio de la muerte o es el máximo exponente de la vida.

Cindy sabía que la estaba provocando, que la mejor movida era mantenerse tranquila. Sabía que no lo iba a lograr.

—Ya veo —dijo el director—. Quisiera que usted me contara el percance que tuvo con el paciente.

Metió la pipa a su boca, se recargó y se cruzó de piernas.

—¿Qué quiere saber?

—Todo.

La muchacha levantó los hombros.

—Un viejo loco me escupió su dentadura ensangrentada.

Luego quiso suicidarse ahogándose en la cazuela de la sopa.

—Un viejo loco, ¿eh?

—Sí. No hace falta ser sicólogo para darse cuenta.

—Entonces usted no tuvo nada qué ver.

—Yo sólo estaba ahí sirviendo la sopa.

—Le creo —asintió el director. Sacó la pipa de su boca y la miró detenidamente, luego ladeó la cabeza y miró a Cindy—. Don Eleuterio es un caso especial. No cualquier doctor lo puede tratar.

—Me imagino. ¿Sería todo? —la muchacha puso sus manos sobre los reposabrazos de la silla.

—¿Qué me dice de Julián? ¿A él también se le nota lo loco?

Cindy tragó saliva. La mención de Julián le hizo recordar esa mirada suplicante.

—No.

—¿Ni una ligera sospecha? Piénselo bien. Es importante.

—No sé qué quiere que le diga. No lo conozco bien. Apenas hablé con él, y muy poco.

—¿Y en esa corta conversación, notó algo peculiar? Sospecho que usted es ávida observadora.

—¿Tiene una cicatriz en la frente? No entiendo por qué me pregunta de él. Todo lo que hizo fue percatarse de que yo estuviera bien e intentar ayudar al viejo.

—¿Y usted cree que alguien en su sano juicio respondería como respondió él?

—No sé a dónde quiere llegar con todo esto. ¿Quiere que le diga que está loco? No soy sicóloga. ¿Qué le importa mi opinión? Si quiere saberla, le diré esto: Julián no está loco como sus pacientes. Por cierto: deberían llamar a este lugar “Hospital psiquiátrico” y no “Asilo de Ancianos”.

El director soltó una carcajada.

—¿Qué más deberíamos hacer? Cuénteme.

Cindy bajó la mirada, analizando sus opciones.

—¿Por qué no mejor usted me cuenta lo que he venido a hacer a su oficina?

El director sonreía sin quitarle la vista a Cindy. Era el cinismo de un dirigente bien acomodado. Se quedó en silencio por un momento, mirándola.

—Sólo quería hablar con usted. Es parte del protocolo.

Cindy asintió lentamente.

—¿Y ahora qué sigue? —preguntó.

—Supongo que ya se puede ir. No sin antes, firmar estos documentos —le pasó tres hojas membretadas, escritas por ambos lados—. Puede leerlos, si gusta. Es un reporte de los hechos. Dice básicamente lo que usted me acaba de contar: un viejo loco le escupió la dentadura y se quiso suicidar con la cazuela de la sopa.

—Ahogándose en la sopa —corrigió la muchacha.

—Claro.

Cindy ojeó los papeles y los alejó de sí.

—Soy menor de edad, ni siquiera tengo firma.

El director apretó los labios.

—Lástima. Debería tener, si no, ¿cómo va a firmar autógrafos en sus conciertos?

Cindy apretó el ceño.

—¿Eso qué?

—Es solo un consejo. Ya se puede ir, si quiere.

—¿Y los papeles?

—¿Los va a firmar?

—Ya le dije que no tengo firma.

—Entonces no los firme. Que tenga una buena tarde. Nos vemos mañana.

A CINDY LE DIERON PERMISO DE IRSE DESPUÉS DE LA ENTREVISTA. MIENTRAS caminaba a la salida, buscó con los ojos a Julián. No lo encontró. Pensó en decir que había olvidado algo, para ir a la cocina y ver si se lo encontraba. No saber de él le causaba ansiedad, como si lo hubiera traicionado. Prefirió no moverle al asunto.

Salió del asilo y caminó a la parada del Metro. Una parte de ella imaginaba a Julián amarrado a una silla, llorando; fuertes reflectores de luz sobre su rostro. Doctores suministrándole medicinas experimentales y tomando apuntes, ordenándole que abriera la boca, sacara la lengua, abriera los ojos y volteara a los lados; dándole un trato indigno para una persona.

Cindy se puso la capucha de la sudadera. Metió sus manos a los bolsillos. Apretó el gas pimienta que guardaba “por si acaso”. Se detuvo en una revistería para comprar un refresco. Pasó un rato mirando las revistas sin decidirse qué comprar. Miró el reloj. Faltaba una hora para que oscureciera. Tenía tiempo de sobra, pero si podía evitar llegar a su casa antes que cayera el sol, aprovecharía. Tal vez así no se topaba a los malandrines de la colonia. Eran inofensivos, pero le molestaba que le chiflaran.

Para el humor y suerte que traía ese día... Lo mejor era evitar cualquier contratiempo.

—No sabía que eras famosa.

Cindy se llevó una mano al pecho. No se dio cuenta que Julián estaba atrás de ella. Miraba una revista donde Cindy salía en portada, cantando.

—Julián, me espantaste. ¿Qué haces aquí?

—Quería ver qué revistas te gustaban.

—No —sacudió su cabeza—. ¿Por qué? ¿Me seguiste hasta acá?

—Sí —respondió con naturalidad, sin dejar de mirar las revistas.

—No deberías. No me gusta que me sigan.

—Mi primer doctor dice que hay cosas que no nos gustan y como quiera van a pasar.

—¿Qué? No, esto no es así.

Julián se encogió de hombros y señaló la revista.

—¿Qué se siente ser famosa?

Cindy siguió la mirada de Julián. La foto le trajo recuerdos. Qué falso era el mundo del espectáculo, pensó. Recordó los ensayos, las horas de trabajo, el esfuerzo, los nervios, los mareos; lo indecisa que andaba el día de la tocada. No podía ni elegir la ropa que iba a usar. Recordó las luces, el escenario, el público. Recordó los abucheos.

—No soy famosa.

—¿Y esa revista?

—No habla de mí, habla del festival.

Julián asintió, ordenando las ideas.

—¿Julián, conoces al director del asilo?

—No es una buena persona.

—¿Te ha hecho algo?

—No quiero hablar de eso. Dice que es por mi bien.

—Julián, no puedes permitir que te haga nada que tú no quieras. Ni el director, ni tus amigos, ni tus padres, ni nadie.

—Lo sé. Ni tú.

—¡Ni yo! —sonrió Cindy por un instante, luego se puso seria otra vez—. Aunque te digan que es por tu bien. ¡Ellos qué van a saber!

Julián miró a Cindy.

—Mi primer doctor también decía eso —guardó un momento de silencio—. Si no te gusta, ya no te voy a acompañar, aunque te diga que es por tu bien.

—Pero tú no me estabas acompañando. Me estabas siguiendo, que es diferente. No tengo problema con que me acompañes. Mejor vamos por un pastel, a la cafetería de mi abuelo.

El abuelo recibió a Cindy con un efusivo abrazo. Preguntó por el joven quien se presentó a sí mismo como el acompañante de la nieta. Los pasó a una mesa y se disculpó para atender clientes. Momentos después, llegó el ayudante con un par de bebidas de chocolate con malvaviscos. Poco después, el abuelo llegó con tres pedazos de pastel. Los anunció como mango imperial, pastel de manzana y fresa con doble capa de chocolate. Los acomodó en el centro de la mesa. Puso platos ante cada uno y pidió que los probaran. Eran los nuevos pasteles de doña Lucy. Cindy le presumió a Julián que ella decidía qué pasteles eran buenos y qué pasteles no daban el ancho para venderse. Julián los probó y preguntó si alguna vez había rechazado alguno. Sólo dos: uno estaba duro y

el otro quemado. El abuelo acabó de atender gente y fue a sentarse con los chavos. Cindy le pidió que les contara una historia.

—¿Otra historia de guerra, Cindy?

—Julián no las ha escuchado.

—Si las he escuchado. Mi papá estuvo en la guerra.

—¿Tu papá? Pero si tú apenas... —Cindy se detuvo.

Por debajo de la mesa, sintió que su abuelo le pisaba un pie.

—No todas las historias de guerra son de heroísmo, Cindy —el abuelo se talló la nariz, sin levantar los ojos—, y no todas las batallas se ganaron.

—Pero al final, nosotros ganamos. Enséñale tu tatuaje, abuelo. Mi abuelo era parte de un escuadrón especial.

El abuelo miró a Cindy en tono desaprobatorio.

—Tal vez a Julián no le...

—No me dan miedo los tatuajes —Julián puso los codos sobre la mesa, recargó su barbilla en las manos y miró atento los brazos del abuelo, quien se rascó la cabeza, se arremangó y mostró su antebrazo. Una serpiente alada se enroscaba alrededor de un mazo con hojas de obsidiana.

Cindy volteó, molesta, a una mesa donde unos señores prendían un cigarro. El abuelo se percató de esto y, con toda la diplomacia del mundo, se dirigió a sus clientes recordándoles que estaban en un área libre de humo. Julián se levantó de improviso. Volteó a la calle, preguntó por la hora.

—¿Tienes que estar en algún lugar, joven?

—Tengo que ayudar a mi papá a regar las plantas.

—¿Dónde vives? Podemos darte un aventón para que llegues más rápido.

—No, gracias. A mi papá no le gustan esos tatuajes —y salió corriendo sin decir más.

Cindy se levantó para ir tras Julián pero no dio ningún paso. Pensó en gritarle pero le dio pena. Se dejó caer en su silla.

—Ni siquiera se acabó su chocolate —estaba cruzada de brazos. Tomó su bebida y le dio un sorbo para pasarse el coraje. Hasta la bebida se había amargado.

—Cindy, debes entender que...

La joven ya no entendió lo último. Cerró los ojos para sacudirse un cansancio repentino. Ya no pudo levantar los párpados. Se llevó una mano a la garganta. La oscuridad comenzó a dar vueltas. Se aferró a la silla con una mano y estiró la otra buscando cualquier cosa de qué agarrarse. La luz se desvaneció por completo. Ya no estaba ahí.

Escuchaba tamborazos a un ritmo constante. Con cada tamborazo un temblor. Había perdido la noción de dónde estaba. Un desfile de sombras se arremolinaba alrededor de una cuna, un panorama en grises. Cinco hombres vestidos de la misma forma la miraban. Sus ojos reflejaban un combate entre la tristeza y la determinación. Tras los hombres, una ciudad en ruinas bajo un cielo rojo. Cada uno se despidió de ella. El primero llorando, abrazándola; el segundo, sin decir palabra, roto por dentro; el tercero, no se atrevió a mirarla: le escribió una carta que ella leería una vez y nunca más; el cuarto, le mintió a la cara, prometiéndole que regresaría; del quinto, no supo nada.

La muerte la persiguió cuatro veces. Tres veces la alcanzó. La misma turba de gente conformada por diferentes personas: todas ellas tan rotas y desdichadas como las anteriores y como

las que seguían. En una, la lincharon frente a su casa; la golpearon hasta que ya no pudo moverse, le echaron gasolina y le prendieron fuego. En otra, la ahorcaron desde un puente peatonal. En la última, la hicieron meterse una pistola a la boca y jalar el gatillo. En la ocasión que se salvó, logró ocultarse escondiéndose entre los ríos de cadáveres. La sangre podrida echó raíces en su nariz. Nunca más iba a poder quitarse ese sabor de la garganta. No iba a poder mezclarse con la gente sin sentir una insostenible repugnancia. Nunca iba a poder perdonar. Ni quería.

CINDY DESPERTÓ. ALGUIEN LE ACARICIABA EL CABELLO. DISTINGUIÓ, ENTRE LA marabunta de distorsiones, el sonido de su nombre.

—Aquí estamos, Cindy. No dejaré que te vayas, que te lleven.

De nuevo oscuridad. Despertaba en lapsos. Cuando no distinguía ni la forma de su cuerpo, se sentía aplastada por un ruido ensordecedor. A veces se daba cuenta que ese ruido salía de su garganta. Era ella, gritando hasta desmayarse. A veces, ese ruido era más bien el reflejo de un silencio infinito.

Cuando al fin despertó, se sintió más cansada que nunca. La pesadilla había acabado pero el sufrimiento no se iba. Ya no tenía visiones. No sentía que “viajaba”, olvidando parte de sí con cada movimiento. Ahora estaba estática. El cuerpo no le respondía. No distinguía los sonidos ni los objetos. No podía concebir el tiempo ni el espacio. No se reconocía a sí misma como una persona.

Pasó un mes conectada a un respirador artificial. Cada que la hacían tragar corría el riesgo de ahogarse. La bañaban. La peinaban. Le hablaban. Le pedían que volviera. Le lloraban. Al

fin distinguió algo. El olor de la sopa de verduras del asilo de ancianos. Sintió una oscuridad desvanecerse. No era como la oscuridad palpitante de las pesadillas, era una oscuridad natural, contrapuesta a la luz. Escuchó voces hablando. Se removió para darse cuenta que estaba atada. Sintió una conmoción a su alrededor. Distinguió tres voces: su abuelo, Julián y una tercera voz desconocida. Discutían en voz baja. Un aroma cerca de su nariz le golpeó el cerebro y le devolvió sus facultades. Cindy quiso hablar, pero sólo pudo toser. Quiso abrir los ojos pero la luz la lastimaba.

—Apaga la luz, cierra las cortinas. Cindy, aprieta mi mano si me reconoces —Cindy obedeció a su abuelo—. No tenemos mucho tiempo. Escucha con atención.

El abuelo advirtió a Cindy. Ésta no iba a ser una conversación agradable. Cindy apretó su mano en señal de reconocimiento. El abuelo contó una historia de guerra.

LA TERCERA GUERRA FUE UN COMPENDIO DE AMENAZAS Y DESTRUCCIÓN. Desde el fin de la segunda guerra, con esas bombas inhumanas, los altos dirigentes del mundo sabían que una tercera, sería el acabo de la humanidad. Había que evitarla, pero sabían, también, que la humanidad no mantendría sus impulsos bajo control. En realidad no importa quién inició, quién iba contra quién. No importa cómo se desarrolló el conflicto. Todo fue, básicamente, una lucha por sobrevivir.

Poco después de empezada la guerra, explotó un reactor nuclear. Al principio no se molestaron en explicar. Se volvió difícil creerles. Había demasiada información, fuentes que coincidían

en algunos puntos, pero se contradecían en otros. En resumidas cuentas, la información oficial iba así: el que explotó no era un reactor nuclear común y corriente, era uno experimental. De esos que prometen, a un costo mínimo, pero a largo plazo, brindar energía limpia y en grandes cantidades. Era una de esas maravillas tecnológicas para que la humanidad no se preocupara por el calentamiento global y la destrucción de recursos naturales. A estas alturas, no puedo asegurar siquiera que era una planta de energía.

La misión de mi escuadrón era escoltar a un par de científicos. Debíamos llevarlos al reactor, a pie, y activar unos dispositivos que nos dieron. No nos dieron especificaciones. Asegúrense de que los científicos lleguen y activen los dispositivos. Se nos había avisado que las probabilidades de volver de esta misión eran pocas y, si volvíamos, ya no seríamos los mismos. Cualquiera que se dedica a esa línea de trabajo, sabe que ese aviso aplica a casi cualquier misión. Nos imaginábamos morir por radiación, o infectados por un virus químico-bacteriológico. No teníamos noción de la naturaleza del problema.

Nos dieron pastillas de yodo, disque para contrarrestar los efectos de la radiación. Más que para sobrevivir, las pastillas servían para completar la misión... o eso pensábamos. Todos tuvimos pesadillas la primera noche. Especulábamos que eran los nervios. Se nos ordenó asistir a sesiones para evaluar nuestro estado mental. Eso tampoco era algo nuevo.

Todo esto, más que generar confianza, generó inquietud. Los doctores que nos evaluaban nunca eran los mismos y algunos parecían estar siguiendo un guion, inseguros de lo que

hacían. Cuando al fin salimos de la base y nos acercamos al supuesto reactor, se cortaron las comunicaciones con nuestros dirigentes. Nuestro comandante, el capitán Vicente Robledo, ordenó que siguiéramos. Ésa fue su última orden. Esa noche desertó. Dejó un video-mensaje, diciendo que si no abandonábamos la misión él nos mataría antes de completarla. Para que no tuviéramos duda de su convicción, dejó los cuerpos decapitados de los dos científicos. ¿Cómo había podido decapitar dos cuerpos, por la noche, sin que nos diéramos cuenta? No lo sé. Como quiera, aseguraba el capitán, ya estábamos muertos. Si alguno de nosotros volvía a la civilización, arrastraría consigo el fin de la humanidad.

El mensaje era muy perturbador. Un duro golpe de confianza. El capitán no se veía en sus cabales desde que nos dieron las primeras pastillas. Nunca confió en los científicos que teníamos que escoltar, pero de ahí a decapitarlos había un mundo de distancia. Nos habló de sus pesadillas, cosa que nos habían prohibido. Al principio, la orden sonaba absurda. ¿En qué repercutía que nos contáramos nuestras pesadillas?

Había extensos campos de siembra quemándose. El humo que salía de esos campos no se comportaba como humo de un incendio, parecía tener movimientos voluntarios. Bosques enteros convirtiéndose en pantanos tóxicos, incapaces de sostener vida humana. Todos habíamos soñado algo similar, si no exactamente lo mismo. Cada quién tenía sus propias palabras para describir semejante pesadilla. Pestilencia y putrefacción. Una oscura inteligencia escondida detrás de un humo sofocante. Hubo una discusión entre los restantes miembros del escuadrón. El pánico

y la incertidumbre comenzaban a causar estragos. Hernández, el más joven de los cuatro que restábamos, puso las cartas en la mesa: “¿Quién va a seguir y quién va a abandonar?”

Poca era la confianza que le guardábamos al ejército y menor todavía al gobierno. Pero éramos soldados. Nadie le contestó a Hernández y él volvió a tomar la palabra: “Cuando me dé la vuelta, quiero saber quién de ustedes va a dispararme por desertor”. Nos volvimos. Hernández estaba tenso. Su mano peligrosamente cerca de su pistola.

“¿Y si nos quedamos? —preguntó Díaz—. ¿Te unirías al Capitán para matarnos?” “Yo sólo quiero largarme de aquí. Ir por mi esposa y escaparme de este infierno y esta guerra”. “Nadie puede escapar —apuntó Torres—. Ya estamos condenados”. Se levantó y caminó a donde estaban las mochilas. Levantó la suya. “Esto ya está surtiendo efecto. Están jugando con nosotros. Desde que salimos de la base, ya no distingo la realidad de... *lo otro*”.

Se escuchó un balazo. Todos nos pusimos a cubierto. Torres cayó fulminado. Tenía un agujero en la cabeza. Nadie se movió. Por varios minutos, nos quedamos quietos, temerosos por nuestras vidas. Algo comenzó a moverse dentro de la mochila de Torres, era posible que el golpe hubiera activado algún mecanismo. Algo salió de la mochila. No sé si una criatura, un gas, una fuerza explosiva.

Lo que siguió no lo puedo explicar. Hubo un estallido, luego un grito. No era ninguno del grupo. Probablemente fue el Capitán. No puedo decirlo con seguridad. Hubo confusión. Tuve visiones. Mi esposa formada frente a un pelotón de fusilamiento. De la cuenca de sus ojos brotaban llamas; de su boca, un enjambre de insectos. Cuando me recobré solo quedábamos Díaz

y yo. Rompimos el protocolo militar. Abandonamos todo. Los dos temíamos por la seguridad de nuestras esposas. Algo despertamos en aquella misión o tal vez lo creamos. No sabíamos qué era. No sabemos qué es. Díaz y yo nos separamos. Nos despedimos sin intención de volver a saber el uno del otro. Pasaron años y así fue, hasta que entraste a la cafetería con este muchacho.

Al principio pensé que era otro desvarío. Desde esa misión que te cuento, he tenido alucinaciones. No he podido conterlas, pero llegó un punto en que sabía diferenciarlas, o creía poder hacerlo. Este joven me pareció descendiente de Díaz. No por el parecido, sino por la sombra que acarrea, especialmente cuando vio mi tatuaje y salió corriendo. De seguro reconoció el tatuaje y el pánico se disparó en su memoria generacional.

CINDY ESCUCHÓ TODO CON LOS OJOS CERRADOS. IMAGINÓ TODO CON SINGULAR precisión. Cuando el abuelo acabó su relato, la joven se incorporó. Intentó abrir los ojos para mirar a Julián. No podía recordar su rostro. La luz seguía lastimándole los ojos. Apretó los puños y golpeó la cama.

—¿Me quedé ciega?

—No creo —contestó el abuelo—. Ábrelos poco a poco. Deben acostumbrarse a la luz. Llevas tiempo sin abrirlos.

—Y todo eso del reactor y la guerra, ¿qué tiene que ver conmigo?

—Bama Naya —dijo Julián.

Cindy imaginó una voz saliendo de una fuente de piedra, seca y olvidada en el tiempo. Se obligó a abrir los ojos. Por dos segundos soportó el intenso ardor. Su abuelo le puso una poderosa mano encima.

—Eso que despertamos en el reactor, esa conciencia, con el paso del tiempo ha ido tomando forma en la mente de las personas. ¿Me ayudas?

Cindy percibió el aroma de tabaco en el ambiente.

—Hola, Cindy —era el director del asilo de ancianos—. Supongo que ya habrás deducido quién soy.

—Abuelo. No quiero...

—Escúchalo, Cindy. No es como que yo quisiera compartir espacio con él, pero ya no podemos circunscribir el problema.

Cindy guardó silencio. Se cruzó de brazos y se azotó en la cama.

—Soy el padre de Julián. El soldado Díaz, de la historia de tu abuelo.

—No tiene sentido. Debería tener la edad de mi abuelo.

—Soy el padre de Julián y el soldado del escuadrón de tu abuelo. Soy las dos personas. Lo que nos sucedió también nos aportó información perdida en el tiempo. Me gustaría poder contarte cómo funciona todo el proceso de la transmigración de almas, la metempsicosis y...

—Cambiar de cuerpo.

—Te dije, papá, que sabía. Está de moda. Casi todos los artistas lo saben.

—Pues resulta que no se detiene ahí, en mudar de cuerpo, sino que dos almas pueden ocupar un mismo cuerpo.

—¿Una posesión?

—Algo así, pero en las películas es diferente. Ahí interviene un proceso dimensional que uno de los dos entes no tolera y hay una especie de batalla de universos y es muy complicado. Lo que yo hice fue una fusión.

—Típico de villanos, buscar evadir la muerte.

—Cindy, no es para nada el caso. Hubiera preferido morir. Después de la misión, fui a mi pueblo para recoger a mi esposa y huir. Encontré que los lugareños la habían quemado viva al considerarla bruja. Busqué el suicidio, pero no me atrevía. Había perdido la cordura, mi carrera, mis amistades, mi identidad. Era perseguido en mi país por desertor, así que hui al sur del continente. Hasta que conocí a Aurora, la abuela de Julián. Maldita mi suerte. Había vuelto a encontrar el amor o, yo qué sé, una razón para volver a respirar con alegría. Cuando la embaracé me engendré. Me fusioné con el alma de mi hijo nonato. Fui el bebé de la mujer a la que amaba como pareja. La vi sufrir mi muerte. La vi luchar por criarme. La vi romperse bajo la impotencia. La vi despedirse de mí en sus últimos días de cordura, abandonándome para tener las oportunidades de crianza que ella no podría darme. Yo la había infectado con esta demencia. No la vi morir. Murió sola y loca, probablemente sin saber que moría, sin saber que tenía un hijo y que un hombre la amó después de perderlo todo.

Cindy intentó abrir nuevamente los ojos. Por un momento, vio la figura descompuesta del director del asilo: el soldado Díaz, el papá de Julián. No era como lo recordaba. No había sonrisa presuntuosa. No había barriga de abundancia. Había ojeras de carencia y joroba de cansancio. Ojos cansados de mirar.

—Pero usted no es...

—A quien viste como director del asilo fue a quien tú quisiste ver. Algo así como una proyección, pero no enteramente de tu imaginación. ¿Quieres saber cuál es tu lugar en todo esto?

—Bama Naya —asintió Julián.

El soldado Díaz miró interrogativo al abuelo de Cindy. Éste cerró los ojos y asintió con pesar.

—Te está pasando lo que me pasó con el... conmigo... con el papá de Julián.

Cindy buscó a su abuelo, sus ojos llenos de lágrimas. La estaba volviendo loca no poder enfocarse en lo que sentía. La molestia ocular era enorme.

—Abuelo... —Cindy respondió al apretón de mano.

—Bama Naya no es algo que debas temer. Creemos que, si le temes, la estarás llamando. Ella es la decadencia, la parálisis. Es el miedo que paraliza. El agua estancada. Ella es la putrefacción, pero vista desde un plano mayor al nuestro. Es la descomposición de la humanidad, o eso creemos. En realidad, no podemos definirla.

—¿Y por qué querría yo convertirme en ella?

—En parte, por mi culpa —el abuelo bajó la mirada.

—Los genes, y las circunstancias de tu vida —intervino Díaz—. Tal vez sea algo tan simple como el bloqueo artístico, a la hora de la realización, la idea de que no cumplirás tus metas. Verás, Cindy. Yo deseaba otra oportunidad. Una vida en la que no sufriera, tal vez. Yo era una maraña de resignación y, a pesar de haber conocido a Aurora, seguía deseando, porque seguía sufriendo. Esta demencia que vive conmigo reaccionó.

Cindy no quería despertar a esto. No había querido salir de un torbellino de pesadillas para que le narraran un caudal de inconmensurables hipótesis sacadas de las más extrañas historias de ciencia ficción y metafísica.

—¿Y qué podemos hacer para detenerla? —dijo al fin. Tal vez si seguía la corriente, llegaría a una conclusión plausible.

—Nada —contestó el soldado Díaz—. ¿Recuerdas cuando hablamos de la locura y la muerte? La muerte es parte de la vida, el fin, de hecho. La locura es el modo. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—Si quieres que te quitemos la locura, que ya es parte de ti, tendríamos que matarte o empastillarte a un nivel en que ni tú sabrás si estás viva. Yo no soy quién para recomendar eso.

—Tal vez haya una solución a esto —dijo el abuelo— o tal vez no. La humanidad nunca ha enfrentado algo similar, y si lo ha hecho, que es mi teoría: no ha quedado vestigio alguno. Todo recuerdo se ha borrado. Con la muerte, al menos, nosotros viviremos para recordarte. Tú decide.

COMO ANIMAL

EL CIGARRO SE MOVÍA EN ELIPSES, DÁNDOLE JUEGO AL HUMO. LA BOCA QUE lo sostenía en su comisura estaba acostumbrada a fumar sin el auxilio de las manos. Tres cuartas partes del cigarro ya eran ceniza, sostenida de milagro. Un movimiento brusco provocaría el desmorone. Un par de ojos saltones, un poco enrojecidos, siguieron el desprendimiento: meticoloso instante en que las cenizas, víctimas de su propia inconsistencia, se desprendieron del cigarro.

El momento quedó como referencia para una canción. Esos ojos que anotaban, ojos de zorro al acecho, se distraían con cualquier movimiento más allá del ajetreo regular, previniendo no convertirse en presa de un depredador más grande; pero las manos hábiles del guitarrista, más que acostumbradas a seguir la orden del oído, seguían moviendo las clavijas de la guitarra, atentas a la vibración de cada cuerda.

Unos pasos resonaban cada vez más insoportables, acercándose y alejándose como un molesto ruido de puerta sin aceite, mal cerrada, en un día airoso. Los pasos se detuvieron. El guitarrista bufó, el zorro al acecho pasó a ser toro en lidia, desesperado, iracundo y muerto de miedo.

—Ya afinaste —dijo el bajista.

—Todavía no —contestó el de la guitarra, manipulando las clavijas, dándole un toque al cigarro. Miró al camino entre las bambalinas y la puerta del recinto.

—No es como si fuera a aparecerse cuando logres la afinación perfecta. Deja de moverle.

—¿Dónde mierdas anda metida ahora? —en los movimientos de la boca se notaba el desprecio.

El bajista se encogió de hombros.

—No avisó. Ya la conoces.

—¿Salió sola?

—No sé.

El guitarrista escupió el cigarro. Lo pisó con fuerza, mostrando los dientes.

—No sé por qué la toleramos.

El bajista miró —más como muro silencioso que guitarrista de la banda— a su amigo. Sabía que para mantener vivo ese trío de tolerancia, los juicios tenían que ser mudos.

—Lo que yo no sé —dijo al fin, el bajista— es cómo siempre te sorprendes. Más bien, no sé cómo nunca lo anticipas.

AFUERA, EN EL CALLEJÓN, INGRID CAMINABA PARA UN ESTUDIANTE DE ARTES PLÁSTICAS. La cantante lucía sin esforzarse: pasos calculados, insonoros, de ritmo preciso; oscilación hipnótica de brazos que cambiaban de dirección al compás de su cuello palpitante; pupilas dilatadas, cejas apretadas, mirada depredadora de animal que se sabe superior, que juega con su presa antes de tirarle el zarpazo mortal.

El joven artista, sudoroso, pasaba de un bosquejo a otro sin terminar ninguno. No lograba plasmar en la hoja la magnitud de lo que miraba. Distinguía bien sus sensaciones, pero ningún dibujo las reflejaba. Era cuestión de técnica: contorno, línea, figura, sombra y contraste, profundidad de campo. Probó de todo.

Nada captaba la fascinación demoledora que esos “ojos rúnicos” le proyectaban. Ningún trazo le hacía justicia a la esencia del movimiento aplastante, a la “actitud de tornado”. Algunos dibujos mostraban una chica demasiado linda; otros, demasiado tosca. Unos dibujos quedaban sin suficiente contraste; otros, sobresaturados. La cantante se estiró y miró su reloj.

—¿Y bien?

El artista bufó, arrancó la hoja, la arrugó y aventó al suelo. Ingrid levantó las cejas. Se acercó y miró, victoriosa, al artista. Se encogió de hombros.

—¿Nueva técnica?

—Uno más, rapidísimo... —dijo, levantando un dedo.

—Déjame ver los demás —demandó su palma estirada.

—No están acabados.

—Quiero ver los trazos —dijo, sin dejar de mirarlo, sin parpadear.

El artista, inseguro, le entregó su cuadernillo.

Ingrid lo hojeó con simulado interés, sin detenerse en nada. Su mano pasaba las hojas mecánicamente.

—No están mal, pero ya te había dicho: no quiero una fotografía, ni una caricatura chafa de plaza dominguera.

—¿Entonces qué quieres?

—Una portada de disco. Pero tendrás que hacerlo allá adentro. Ya tengo que entrar a cantar.

—¿A poco ya tienen disco?

—Hazme una portada y yo hago un disco.

Sin esperar respuesta, Ingrid se encaminó al escenario del bar.

EL ARTISTA SE SENTÓ CON SUS AMIGOS. EL DE SOMBRERO, BOTAS Y HEBILLA rodeó al recién llegado con su brazo de jinete. El artista se sintió fulminado por la mirada inquisitiva. El jinete abrió dos botellas de cerveza. El artista miró a su amigo, quien preguntó: “¿Estamos festejando o estamos dolidos?”. El artista tomó su botella y le dio un trago. El jinete asintió y le dio un trago a la suya.

—No siempre se puede —consoló—. ¿La dibujaste?

El artista movió la cabeza de arriba a abajo, mirando al escenario, esperando a que Ingrid saliera. La banda ya había empezado a tocar sin ella.

—¿Y no le gustó? A ver —extendió su mano demandando el cuadernillo.

—A mí no me gustaron.

El jinete hizo los ojos chiquitos, estudiando al artista.

—No le hacían justicia. No la pude dibujar.

El artista no acabó de pensar en la respuesta cuando algo llamó su atención. El bajista de la banda se acercaba a los camerinos, sin dejar de tocar. El guitarrista se sacó de onda y se equivocó en un par de ocasiones. El bajista, tocando todavía, se acercó al guitarrista y le dijo algo al oído. Al guitarrista no le gustó lo que escuchó. El bajista se encogió de hombros. Ambos voltearon a ver al baterista, quien asintió, tocó un redoble que terminó el palomazo. Chocó las baquetas para marcar el pulso y la banda comenzó a tocar “Born To Be wild”.

—¿Te pusiste en plan “no soy tan bueno como Picasso”?

El amigo jinete no esperó respuesta. Reconoció la canción, gritó eufórico, hizo cuernos con los dedos de la mano, le dio un cuantioso trago a la cerveza y llevó el ritmo con la cabeza, sacudiendo la greña.

Tan pronto salió, Ingrid tomó el escenario por asalto. Se le veía enérgica y salvaje, como una imparable fuerza de la naturaleza. Se ubicó frente al guitarrista, dándole la cara a éste y la espalda al público, y se puso a bailar. Era una mezcla de heavy metalera y danza contemporánea. Se veía atractiva, femenina, pero no vulgar; prendida, pero no desquiciada; apasionada, pero no fuera de control; impulsiva, pero no improvisada. Hacía perfecta mímica de los poderosos riffs de la canción. Se notaba lo bien que se la sabía. Luego comenzó a cantar.

Su voz era potente, singular, llamativa. Era buena manejando el volumen y la intensidad. Dominaba su voz. El micrófono no sólo era un amplificador de sonido, era una herramienta que expandía sus posibilidades. Variaba cada estrofa de la canción. A veces acercaba el micrófono, casi lo metía a su boca, para cantar, en susurros, las estrofas introspectivas; en las otras, lo alejaba y parecía gritar, sin perder el tono ni desgarrar la garganta.

Era un espectáculo, un fregado en la cara, una infusión de adrenalina que pegaba directo en la espina dorsal. Cuando llegó al coro, creía cada palabra, cada sílaba, cuando ella cantaba “Born To Be Wild”, casi como el aullido de un lobo. Luego fue que el artista entendió a qué se había referido ella cuando le dijo cómo quería que la dibujara. En la repetición de la estrofa del coro, ya no cantó la letra original, ahora cantó “como animal”.

LA TOCADA HABÍA SALIDO FENOMENAL. EL PÚBLICO HABÍA RESPONDIDO MUY bien. De pie, incluso, muchos de los que tenían mesa. Ingrid se secaba el rostro con una toalla. El guitarrista estaba tan contento que no se acordaba de su coraje antes de empezar a tocar.

Se ofreció a traer unas cervezas para festejar. “Ni parece que hace dos horas pensaba en sacarte de la banda”, dijo el bajista. “Hasta crees” respondió Ingrid. “¿Y si lo hiciera?”, le preguntó al bajista en ese tono depredador femenino, “¿te quedas con él o te vas conmigo?”. “No friegues. No voy a jugar tus juegos”. Ingrid se carcajeó.

Llegaron dos chicas a camerinos, buscando a Ingrid. Eran abismalmente distintas una de otra. La que caminaba por delante tenía brazos, piernas y cuello de luchadora, con algo de sobrepeso; cabello liberal: rapado de un lado y trenzado del otro, pintado para llamar la atención; la otra era delgada, tímida, cabello convencional, con panza de recién embarazada.

La luchadora habló. Mientras, la tímida, con su sonrisa silenciosa y ojos de cierva, endulzaba la rigidez de la otra. “Cantas hermoso”, “gracias”. “Qué bien te mueves”, “gracias”. “Eres genial, ¿cómo le haces para manejar así a la gente?” “Gracias, pero no soy yo, es la música. Yo sólo soy portavoz.” “Humilde, aparte”, “gracias”. “Curioso que lo digas...”

Las chicas pertenecían a un grupo de activistas a favor de los derechos de la mujer. Estaban buscando a alguien especial, justo como Ingrid, para que fuera portavoz en sus mítines. Ingrid preguntó si querían que la banda fuera a tocar en sus eventos. Le dijeron que no, que la querían a ella, sin hombres. Si cantaba, iban a ser canciones feministas, de protesta: Mon Laferte y cosas por el estilo.

—Miren, chicas. La verdad, yo no soy la buena para esa chamba. No me siento inferior a los hombres. Es al contrario y me sorprende cómo es que la mayoría de las mujeres no se dan cuenta. Tal vez no sea más fuerte que la mayoría de ellos, pero

les aseguro que los puedo manipular, y no es que quiera, o que ande por el mundo subyugando a cuanto hombre se cruza en mi camino, pero sé que puedo. No voy a andar gritando “fuera el patriarcado”. Ni voy a pedir más derechos de los que ya tenemos —y enumeró con los dedos—: podemos votar, podemos beber, podemos ir al cine, a conciertos, podemos estudiar licenciaturas y posgrados, podemos ser mamás —señaló a la callada—, presidentas —señaló a la robusta— o artistas —se llevó la mano al pecho. Lo más que puedo hacer, es enseñarles a defenderse, por si les interesa salir de madrugada... así como están las cosas.

Las feministas se sintieron desfavorecidas. Pensaban que Ingrid tomaría partido con ellas a la primera mención de “anti patriarcado”. La que quería ser mamá se interesó con la posibilidad de defenderse, pero lo que intervendría en sus sueños esa noche, fue lo que la cantante entredijo con su “*interés...* así como estaban las cosas”. ¿Qué mujer podría estar interesada en salir de madrugada así como estaban las cosas?

—De eso se trata justamente —la luchadora, que jamás había pensado en ser presidenta, repetía el discurso que ya se sabía de memoria—. Poder salir de madrugada sin correr peligro.

—Miren, chicas —aterizó Ingrid, para evitar rodeos—. Sé cuál es su objetivo. Lo comprendo, pero no lo comparto.

—¿Cómo no lo vas a compartir? —estalló la robusta.

Su compañera se removió en su asiento. Ingrid sonrió, esquivando la culpa. Levantó los hombros y movió la cabeza de un lado a otro.

—Si también te afecta a ti —señaló la luchona, inflándose como animal bajo amenaza —ahora Ingrid asentía, pero no dijo

nada. La luchadora se sintió agredida. Era de mecha corta y se encendía ante la más mínima provocación, fuera real o imaginaria.

—Sabemos defendernos —dijo, a modo de reto, con la barbilla levantada.

—Seguro que sí —sonrió Ingrid—. Entonces no hay nada que pueda hacer por ustedes —si los ojos de la feminista antipatriarcado fueran volcanes, ya estarían echando humareda y una que otra piedra encendida.

—No tendríamos por qué saber defendernos...

—No, tienes razón —interrumpió Ingrid—. Es más fácil victimizarnos.

—No es que sea más fácil —intervino la otra. Su voz era bajita y aguda, como campana de vitrina; su sonrisa tierna y nerviosa, inocente; junto con su mirada dócil y etérea. Eran una potente combinación para calmar los ánimos tensos—. Es cuestión de por qué tenemos que limitarnos nosotras —continuó, poniendo una mano protectora en su panza—. ¿Por qué no mejor, les prohíben a los hombres beber cuando andan en sus días o en las noches sin luna?

Ingrid detuvo otro comentario. Miró a las dos. Si la recién embarazada no estuviera ahí, con su cara de soñadora asustada, habría dejado hablando sola a la más fanática.

—Tal vez sea posible... —concedió la cantante.

—¡Lo es! —determinó, tajante, la luchona. Su índice presionando fuertemente contra la mesa.

—Nosotras lo vamos a hacer posible —añadió la otra, la ilusión coloreando sus palabras.

Ingrid apretó la boca y suspiró melancolía.

—¿En cuánto tiempo?

—El que sea necesario —contestó incisiva.

—¿A costo de qué? —preguntó Ingrid.

—Estamos hablando de nuestra libertad. Cualquier costo.

—¿Cualquiera?

Las feministas se voltearon a ver. Cada una esperando que la otra contestara.

—Es que ése es el punto —retomó Ingrid—. Yo no quiero, porque no me costea esa lucha. Pónganle que no la doy por perdida. Les reconozco que es noble y lo que quieran.

—Es indispensable.

—Claro que no. Yo vivo bastante bien. No me siento pisoteada por ser mujer. Ejercicio mi feminidad. Discúlpeme.

—¿Y ya?

—Pues sí. Ustedes no vinieron para comprenderme ni yo estoy para que me insistan.

—Estamos para apoyarnos —dijo la futura madre, incrédula—. Deberíamos apoyarnos entre nosotras.

—Ustedes no quieren mi apoyo —dijo, levantándose—. Quieren usarme. Me quieren de vocera cantando, sin mi banda, como Mon Laferte. Ni siquiera me preguntaron si tenemos rolas que puedan servir a su causa. No me ven como persona, me ven como herramienta.

—¿Nos vas a dar la espalda así como así? —la embarazada dijo aquello, más como queja al aire, que como pregunta.

La luchadora dio un manotazo a la mesa y se levantó.

—¿Cómo puedes andar por el mundo con esa conciencia?

—¿Perdón?

—Te crees inalcanzable. Puesta en un pedestal.

Ingrid soltó una carcajada.

—Ustedes fueron las que llegaron a mí con halagos y buenos deseos, pero ahora que no quiero ser como ustedes, porque no me quiero victimizar, me llaman traidora. ¿Saben cuál es su problema? Todo lo ven en blanco y negro. Si no es aliado, es enemigo. Pues resulta que la vida es un poco más complicada. Hay una escala de grises.

La que no aspiraba a la presidencia, pero sí a pisotear el patriarcado, respiraba con más fuerza. La que aspiraba a una bonita maternidad, miró su reloj y lo mostró, angustiada, a la otra.

—Chicas... —intervino el bajista—. Disculpen que las interrumpa —llevó sus ojos a la mano que la feminista ponía encima del brazo de la menos femenina—. Ingrid, el gerente quiere hablar con la banda.

—NO DEBERÍAS ENFRENTARTE ASÍ A LA GENTE, INGRID.

La cantante chasqueó la boca.

—¿A ti qué?

—Eres el sello de la banda. Cuando alguien dice nuestro nombre, te imagina.

—¿Y luego?

—Pues si andas por ahí, enemistándote con cuanta persona quiere halagarte...

—Ellas no querían halagarme, querían usarme. Ponerme hilos y manejarme como títere.

—Todos queremos algo de todos. Así funciona la sociedad. Escala de grises. Tú lo acabas de decir.

—¿Debería decirles que sí? ¿Mandar a la fregada a la banda para andar haciendo bola en sus mítines, manifestándome a gritos contra cosas que no me molestan?

—Por favor. Esa ingenuidad no te va.

Ingrid resopló, cansada.

—¿A qué le temes, Benja? —el bajista se sacó de onda. Pocas veces lo llamaba por ese apodo. Sacudió su cabeza y frunció las cejas—. ¿Qué posible escenario temes? Y no me salgas con la mafufada de que vamos a perder popularidad. Eso lo creería de *Gabri*, hasta su “nombre artístico” es fanfarrón, pero a ti no te lo compro.

—Pérate, ¡oye! Estás muy alterada.

—Dime a qué le temes y me calmo. Venga: sin rodeos.

El bajista tomó del brazo a Ingrid y la llevó a una esquina. La miró y asintió en silencio. Volteó suspicaz, de un lado a otro.

—Yo sé que no respetas el toque de queda —dijo en voz confidencial.

—¿Y eso qué? —respondió impasible—. Hay cosas ilegales que hacemos juntos y no parecen perturbarte.

—Sí, pero el toque de queda...

—Ni siquiera es tan penado como otras cosas que hemos hecho.

—Si tú te caes de los tejados cuando andas ahí de felina, por las noches —el bajista tragó saliva— te van a matar.

—Si es que me caigo —señaló, levantando el índice—... y si me cayera... —sacudió la mano con el dedo erguido—... si es que me alcanzan.

—Si te alcanzan, te hacen trizas. Hay quienes también trepan, no tanto como tú, tal vez, pero trepan.

—¿Me estás llamando trepadora? —puso cara de aristócrata ofendida.

El bajista despabiló la idea como si fuera una esquivia molestia.

EL GERENTE DEL BAR PASÓ A LOS MIEMBROS DEL GRUPO A LA COCINA. YA NO estaban en horas de servir comida, así que ahí tendrían mayor privacidad. Antes de decir nada, puso cara de malas noticias. El bajista, recordando cómo sonaba su apodo en boca de Ingrid, la volteó a ver. Ella, recargada y con los brazos cruzados, parecía saber de qué iba esa reunión. El gerente comenzó su discurso. Agradeció al grupo, los felicitó, les dijo que le había enviado un video a un amigo suyo relacionado con el negocio de la producción musical. Ingrid bostezó de manera que todos la vieran y fingió distraerse con los imanes del refri.

La venta de boletos no había alcanzado la cifra estipulada, dijo el gerente, después de cinco minutos de rodeo. El guitarrista se llevó la mano a la barbilla. Supuso que el gerente tenía una alternativa para pagarles, y así lo expuso. El gerente aseguró que les iba a pagar, tan pronto juntaran las ventas de esa noche. Ingrid miró al bajista. Apretó los labios, levantó las cejas y asintió. Benja se limitó a mirarla de vuelta. El gerente siguió hablando de finanzas y de oportunidades. La cantante chocó puño con palma, dijo que iba a esperar afuera y se salió, dejando la puerta abierta. Un silencio palpable se apoderó de la cocina.

—¿Crees que se vaya? —le preguntó Gabri a Benja.

El baterista se ofreció a seguirla.

—¿Está enojada? —preguntó el gerente.

—¿Nos vas a pagar antes del toque de queda? —Benja imitó el tono del gerente.

—Tan pronto alcancemos...

—¿Sí o no?, vato —interrumpió el bajista—. Para ir convencíéndola de que se vaya, de una vez, a su casa.

—No va a querer —Gabri sacudió la cabeza, ojos cerrados.

—Es que... —empezó el gerente.

El guitarrista resopló la excusa, dejando que su cabeza colgara del cuello. El bajista evitó la mirada del gerente y sacudió el rostro.

—Ayúdenme, chavos.

—Ya te ayudamos. Vinimos a tocar. Hicimos promoción. ¡Mira cuánta gente vino! ¿Cómo que las entradas no alcanzaron para nuestro pago?

—Ustedes saben cómo son estos negocios. El dinero se tiene que estar moviendo.

El baterista alcanzó a Ingrid en la barra. La cantante pedía una cerveza.

—¿También quieres?

El baterista asintió.

—¿Cómo van las ventas? —preguntó Ingrid al cantinero.

El joven detrás de la barra asintió sonriendo mientras pasaba el trapo donde puso la cerveza.

—Yo no soy él, ni lo represento. Mi jefe no les ha pagado. —Ingrid apretó los labios—. Es un tacaño. Más bien, demasiado oportunista.

—Es un culero —dijo el baterista.

—Tal vez, pero no se apuren —el cantinero se rio—. Acaba cumpliendo.

—Eso lo dices para que no nos desquitemos contigo.

—Más o menos, pero de verdad: sí paga.

—Claro que va a pagar —dijo Ingrid, dándole un trago a su cerveza—. Todos pagan, a fin de cuentas.

—Sí, por eso no te apures. En lo que sí deberías apurarte, es en beberte esa cerveza, ya casi es la una y media. No sé dónde vivas, pero...

—¿No hay habitación para mujeres?

—Sí hay, pero al gerente le gusta quedarse hasta bien tarde con sus amigos. Y beben mucho —le dirigió una mirada cómplice.

—¿La habitación está fortalecida?

—Sí, está todo en regla, pero...

—¿Qué?

—...te van a oler

—Me están oliendo ahorita.

—Pero ahorita se pueden controlar.

LA BESTIA SE MOVÍA EN ELIPSES, SU CÁLIDO ALIENTO BAILABA COMO LLAMA en el fresco de la noche. Las patas traseras, listas para brincar sobre su presa, eran patas acostumbradas a moverse sin el auxilio de la vista. La penumbra del patio sólo reconocía el par de ojos brillantes. Tres cuartas partes de la conciencia del gerente habían sido consumidas por el delirio salvaje de su borrachera. Dentro de poco aullaría, llamando a la feminidad de la luna, que no podía ver. Cualquier esencia femenina le bastaría por esa

noche, y podía oler una muy cerca. Un movimiento brusco accionaría la embestida. La cacería estaba más que cantada.

El sahumero se movía de un lado a otro. Tras la cortina de humo, Ingrid era indetectable para las bestias. Desde el tejado, la cantante miraba los movimientos de su presa. La mano que sostenía el sahumero se apretó alrededor del agarre, lista para aventarlo tan pronto se apagara. La otra mano apretó el cuchillo de caza, enfundado todavía, para no generar reflejos. La cantante, en un movimiento imperceptible, desabrochó la funda de su arma, la desvainó y ocultó tras su capa negra. Tres cuartas partes del incienso ya estaban quemadas. Ingrid calculó veinte respiraciones más. Un movimiento en falso develaría su posición y perdería su ventaja. Un error así le costaría la presa, o su vida. El sahumero echaba su última humareda. La bestia olfateaba, endureciendo las garras, abandonando su conciencia, reconociendo el aroma de mujer.

La cantante aventó el sahumero. Si la bestia se distraía, Ingrid tendría una oportunidad; si no, la cantante no volvería a pisar escenario. Apretó el cuchillo, sin perder de vista la nuca de la bestia. Brincó del techo antes de que el sahumero diera con el suelo. La cerámica se hizo trizas al chocar contra el cemento. La bestia gruñó, confundida por la explosión de olores: ceniza, incienso, cerveza, sudor de mujer, furia femenina, sangre. Una punzada de dolor le arrancó todas sus fuerzas. Ingrid metió y sacó el cuchillo con voracidad. La bestia sintió, al menos, cinco pinchazos. Cayó al suelo húmedo: caliente al principio, pero se fue enfriando mientras la sangre se esparcía.

Los pelos de la bestia se desprendieron del pellejo. Su corpulencia decreció. Ingrid quería ver la transformación completa

antes de largarse de ahí. Si bien había matado a uno, seguro que había otros. Pelear frente a frente con una bestia era suicidio. El patio no era tan grande como para alcanzar a huir sin riesgo a que le rajaran la espalda. Un zarpazo bastaría para convertirla en comida. Sabía que debía irse. Si había otra bestia cerca, el alboroto la habría despertado del letargo.

Más te hubiera valido no salir esta noche, dijo Ingrid, mirando el cuerpo del hombre que hacía unos segundos era una bestia genérica, feral, indistinguible una de otra. Ahora era un hombre. Ingrid escuchó pasos y un gruñido. No alcanzó a reconocer al gerente del bar. Pensó que si el gerente no era aquel que yacía en el suelo, constituía una amenaza. Ella no se perdonaría ser devorada por ese avaro patán. Todavía le tenía coraje por esa noche en el bar. Encerrada en una habitación, acosada por aullidos, golpes y jadeos. No pudo dormir y no podía olvidar el descaro del gerente al guiñarle el ojo cuando entregaba la llave de la habitación fortalecida.

Sintió un gorgoteo en el estómago, un calor en la garganta. No pudo reprimir el embate. Se tiró con una fuerza descomunal y encajó el cuchillo, salpicándose de sangre, olvidando la amenaza, gritando iracunda. Una puerta se abrió de golpe y apareció en el umbral, otra bestia. Los ojos inyectados de rabia. Se abalanzó contra esa otra bestia, reina de la furia, que gozaba, sin rastro de inteligencia, su primera transformación.

Tres cuartas partes del muro central ya estaban desmoronados. Había cristales rotos y mueblería despedazada por el suelo. Sangre por doquier. Un golpe más y todo el bar se vendría abajo.

Colección Editorial del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo 2018

El perro Pestañas recolector de dientes

José Cruz Almonte

Las tijeras mágicas

Susana Trousselle

Dramaturgia saltillense Vol. 1

Compilador: Medardo Treviño

Abuelo, cuéntame cómo era Saltillo

Javier Villarreal Lozano

México y sus maravillas naturales

Comunidad Mexicana de Fotógrafos
de la Naturaleza

*El saltillense de toda la vida, Armando Fuentes
Aguirre "Catón"*

Compilador: Jesús de León Montalvo

Mínima, antología de microficción

Varios autores

Colección Los relámpagos de Jorge

¿Cómo crees que se enamoran los patos?

Laura Luz Morales

Cactus, nopales y rosas

Livio Ávila

Crónicas y otros casos extremos

Ricardo Bernal

Colección Editorial del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo 2019

Lo que más me gusta

José Cruz Almonte

*Saltillo 442 aniversario. Fotografías en 3d
tomadas con dron*

German Siller

Dramaturgia de Saltillo Vol. 2

Compilador: Medardo Treviño

*Historias del diamante. Antología de cuento
y crónicas sobre el béisbol*

Autores de Saltillo y Monclova, Coahuila

Colección Los relámpagos de Jorge

Zarpazos y rugidos

Luis Miguel Valdés Treviño

Las aventuras del cuaderno rojo
Liliana Contreras Reyes

Theos. El vengador aplicado
Juan José Contreras

Colección Editorial del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo 2020

*Tito reacciona. Un encuentro con la música en
Saltillo*
José Cruz Almonte

Carranza, legado y trascendencia
Varios autores

Saltillo sorprende al mundo
Daniel Garza Tobón

Yo carnicero
Mercedes Luna Fuentes

Colección Editorial del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo 2021

Memorias #Yo por la inclusión
Compilador: José Cruz Almonte

Catálogo del Santo Cristo de la Capilla
Amigos del Patrimonio Cultural de Saltillo, A. C.

El mosquito y el globo
Susana Trousselle

*Mercedes Murguía. Pinta una historia
del tiempo*
Mercedes Murguía

Colección Los relámpagos de Jorge

Monta el rayo y otros cuentos
Erick Rivera González

Historias que le robé al fuego
Francisco Robledo

Colección Edificios Emblemáticos de Saltillo

Ateneo Fuente. La expresión de un edificio
Esperanza Dávila Sota

La Iglesia de San Juan Nepomuceno
Valdemar Ayala Gándara

*Centro Cultural Vito Alessio Robles. El
indescifrable aroma del tiempo*
María Concepción Recio Dávila

*Concreto y papel. Cien años en la memoria
de un archivo*
Iván Vartan Muñoz Cotera

La Catedral de Saltillo: Apuntes para la singularidad de la arquitectura religiosa tardovirreinal en el norte de México
Ana Isabel Pérez-Gavilán Ávila

Museo Rubén Herrera
Eduardo Elizalde García

El Mercado Juárez de Saltillo. Emblema de perseverancia
Carlos Recio Dávila

La Casa Purcell: el diablo está en los detalles
Arturo E. Villarreal Reyes

Esa divina locura. El incendio del Teatro García Carrillo
Arturo E. Villarreal Reyes

El Recinto de Juárez. Una casona emblemática
Lucas Martínez Sánchez

San Francisco de Saltillo, el convento de San José y el Colegio Josefino
Lucas Martínez Sánchez

Crónica de la Escuela Normal de Coahuila: Símbolo de la educación estatal
Jorge Tirzo Lechuga Cruz

La Alameda Zaragoza
Marco A. Flores Verduzco

Braille

El perro Pestañas recolector de dientes

Las tijeras mágicas

Abuelo cuéntame cómo era Saltillo

Lo que más me gusta

Tito reacciona. Un encuentro con la música en Saltillo

El mosquito y el globo

Audiocuento

El perro Pestañas recolector de dientes

Las tijeras mágicas

Lo que más me gusta

Tito reacciona. Un encuentro con la música en Saltillo

El mosquito y el globo

360° video en realidad virtual

El perro Pestañas recolector de dientes

Las Tijeras mágicas

QR Book

Lo que más me gusta

Video cuento

El mosquito y el globo

MONTA EL RAYO Y OTROS CUENTOS

de Erick Rivera González

se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2021

El cuidado de la edición estuvo a cargo
de Jesús de León Montalvo.

En su composición se utilizaron fuentes
de la familia Bookman Old Style.

La edición consta de 500 ejemplares.